

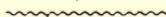
SALVADOR



DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MARTIN CORONADO



ESTRENADO EN EL TEATRO DE LA OPERA EL 24 DE OCTUBRE DE 1885



BUENOS AIRES

COMPANÍA SUD-AMERICANA DE BILLETES DE BANCO

Calle Chile, números 241 a 263

1893

PERSONAJES

D.^a RITA.....
ELENA, SU HIJA.....
SALVADOR.....
JUAN, HERMANO DE ELENA.....
EZEQUIEL.....
ROSALIA, VIEJA CRIADA

LA ESCENA EN BUENOS AIRES

Las indicaciones de «derecha» é «izquierda» son tomadas del lado del actor.



ACTO PRIMERO

Sala en casa de doña Rita. Mueblaje antiguo y lujoso. Al fondo, un poco hacia la izquierda, una puerta que da al zaguán de la casa. A la derecha, primer término, puerta que comunica con el interior. A la izquierda dos ventanas grandes, ambas cerradas. Entre las dos ventanas una mesa de arrimo con floreros, adornos, etc. Un piano en el fondo, á la derecha, atravesado delante del ángulo que forman los muros. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

DOÑA RITA — ROSALÍA

(Doña Rita habla desde el dintel de la puerta de la derecha: Rosalía, tapada para salir, está encendiendo una lámpara que se halla sobre la mesa.)

D.^a RITA ¿Está todo?

ROSALÍA Sí, señora.

D.^a RITA Hoy es martes, y ya son
 las ocho.

ROSALÍA Acaban de dar.

D.^a RITA No tardará Salvador.

ROSALÍA ¡Oh! los martes y los viernes (con malicia)
 nunca falta...—¡Y cómo no! (entre dientes)

D.^a RITA ¿Qué decías?

ROSALÍA ¿Yo, señora?

Digo que es como reloj
de puntual.

D.^a RITA (con cariñoso reproche) ¡Picuda! ¡Vaya
 que te ha dado fuerte!

ROSALÍA Dios

lo sabe: si yo pudiera...

D.^a RITA ¿Qué harías? (con bondad)

ROSALÍA Es que le estoy

tomando idea, señora.
Tiene mucha pretensión
para ser lo que es: un hombre
que ha venido qué sé yo
de dónde; que nadie sabe
quién es... y, para mejor,
dicen de él que es de la *Cuna...*
y no ha de ser sin razón.

D.^a RITA ¿Acaso tendría culpa,
siendo así?

ROSALÍA Ya sé que no;
pero tantas pretensiones!...

D.^a RITA Ocupa la posición
que le corresponde: al fin
es un hombre superior,
y tiene derecho.

ROSALÍA Dicen
que es un gran músico: yo
no lo niego: cuando dieron
en el teatro la función
para los huérfanos, todos
hablaban con un calor
de su talento! La niña
Elena se entusiasmó,
y quiso que lo trajeran
á casa; y después de dos
ó tres visitas, la música
que de niña abandonó,
ha vuelto á ser para ella
la primera diversión,
al extremo de cambiar
el piano viejo, que yo
quería tanto, y traer
un maestro á dar lección.

D.^a RITA (Sonriendo)
Ya sé de dónde te viene
el tema con Salvador:
es que quieres mucho á mi hija,
y hay celos.

ROSALÍA (Sulfurándose) El corazón
me anuncia... como él es pobre,
y ella es rica... en fin, yo soy
vieja, gruñona... y no tengo
en mi humilde condición,
ni grandeza por mis padres,
ni un talento asustador;
pero sé querer... y quiero
á mi niña con pasión
de madre... y para mi niña
no es él, ni el hijo del sol.

D.^a RITA ¡No digo! (siempre sonriendo con bondad)

ROSALÍA Y después... ¡qué tono
se da! Como de favor
me habla,—cuando me habla.— Aunque
no vengo de ingleses, soy
muy gente, y lo que es á mí,
mi madre no me negó.

D.^a RITA Bueno, bueno. Si has concluído...

ROSALÍA Sí, señora; ya me voy. (se prepara á marcharse)

D.^a RITA No te olvides del recado:
mis recuerdos al señor
don Ezequiel, y lo mismo
á la niña Concepción,
su hermana; que tengo carta
de Juan; que vengan, que estoy
deseando verlos.—No tardes,
viejita.

(Vase por la derecha. En el mismo instante Salvador golpea las manos en el zaguán anunciándose, y se presenta en seguida en el fondo. Viene elegantemente vestido. Al ver á Rosalía, entra á la sala con aire preocupado, y sin hacer alto en ella, va á dejar su sombrero sobre el piano).

ESCENA II

SALVADOR—ROSALÍA

SALVADOR (Secamente) Avisa que estoy
aquí. (Empieza á quitarse los guantes)

ROSALÍA (Se da vuelta, haciendo que arregla algo en la mesa, para no contestarle)

(Si no me contengo,
lo voy á poner!...)

SALVADOR ¡Qué! ¿no
me has oído? Anda á avisar
que estoy aquí.

ROSALÍA (Colérica) ¡Sí... señor!
¡su merced!

(acentuando con rabia: vase por el fondo conteniéndose y sin
hacerle caso)

SALVADOR (Altanero) ¿Qué significa...?

ESCENA III

DOÑA RITA — SALVADOR

D.^a RITA (que ha oido las últimas palabras de Salvador, vivamente y afijida)
¡Qué mujer, válgame Dios!
Discúlpela usted, si acaso
alguna licencia....

SALVADOR (como disgustado del recuerdo)

¡Oh!

no hablemos de eso.

D.^a RITA Es que tiene
vejece. Como yo soy
para ella... así... en la casa
se la mima... y con razón.
La pobre ha criado á mi Elena.

SALVADOR ¡Ah! (dulcificando súbitamente la voz)

D.^a RITA Por ella existe hoy.

SALVADOR ¿Sí? (con mucho interés)

D.^a RITA (se sienta en un sillón á la izquierda)

Verá usted.

(le indica otro sillón frente á ella. Salvador se sienta también)

Ya que ahora
se presenta la ocasión,
le voy á contar. Ya á usted
le hemos dicho que murió

mi esposo cuando Elenita
no tenía un mes. Dolor
tan inesperado, pudo
más que mi resignación,
y una enfermedad violenta
en el lecho me postró.
Sirviendo estaba en la casa
Rosalia á la sazón,
y á par mía criaba un hijo...
de esos que quedan en pos
de uniones que no conocen
otra ley que la pasión,
y para quienes la vida
no tiene más que rigor.
Mi hija se moría. Entonces,
no pudiendo criarla yo,
hizo suya Rosalia
á la prenda de mi amor.
Pero era débil, y en vano,
con sublime abnegación,
partía la savia toda
de su vida entre los dos.
Los niños languidecían...
y ella se sacrificó.

SALVADOR

¿Cómo?

D.^a RITA

Entregando su hijo
á una extraña.

SALVADOR

Es una acción
que pasma.

D.^a RITA

Y esto no es todo..
Según me dijo, temió
que yo no aceptara aquel
sacrificio salvador,
y haciéndolo irremediable,
¿sabe usted á quién confió
el niño? á una amiga suya
que partía al Interior,
y se llevó al pobrecito
por cariño y compasión.

SALVADOR ¡Eso ha hecho! (se queda pensativo)

D.^a RITA Ya ve usted
si tiene derecho ó no
á indulgencia de mi parte
su carácter regañón. (pausa)

SALVADOR ¿Y el niño?

D.^a RITA Más de veinte años
hace de esto: se perdió.

SALVADOR ¡Se perdió! (dolorosamente)

D.^a RITA Murió muy lejos,
allá no se en qué rincón,
la mujer que le servía
de madre; y él la siguió
á la tumba, ó halló amparo
en otro hogar bienhechor.
Nadie lo sabe: es muy triste.

SALVADOR (con marcado interés)

¿Y á qué parte lo llevó?
¿lo sabe usted?

D.^a RITA A Mendoza,
donde fué de guarnición
el cuerpo en que ella tenía
su marido... ó qué sé yo!
Luego este hombre, estando allí,
desertó del batallón,
y huyó á Chile, y allá fué
la mujer siguiéndolo.
Después nada se ha sabido.

SALVADOR (vivamente y como á pesar suyo)

Pues vea usted lo que son
las cosas... ¿No se llamaba
la mujer?...

(se queda en la actitud del que se esfuerza por recordar un hecho
lejano, pero en realidad esperando ansioso la respuesta)

D.^a RITA Rosario.

SALVADOR (que se ha estremecido al oírla, trata de dominarse)

Estoy
recordando ahora... en Chile
he estado mucho, y si no

me engaño, allí me contaron algo...

D.^a RITA *(rápidamente)*

Entonces... ¡quiera Dios que al fin...!

SALVADOR *(dando ya de sí mismo)*

Yo sé lo que usted: que aquel niño se perdió.

D.^a RITA *(tristemente)*

¡Y yo que pensé!... la pobre madre... ¡me da una aflicción!

SALVADOR *(con aparente tranquilidad)*

¿Y no hay algún dato?

D.^a RITA Ya

otra vez nos halagó la esperanza de saber. Viajando, tuvo ocasión un miembro de mi familia, de estar en Chile, y llegó á Santiago hará tres años, y de una averiguación en otra, llegó á tener indicios. Nos escribió entonces, pero sin darnos detalles. A lo mejor tuvo que seguir su viaje, y nada se adelantó.

(Salvador, que ha escuchado aborrecido, va á interrogarla, cuando se presenta Elena por la derecha: D.^a Rita y él se levantan)

Aquí está ya Elena.—Vaya

(á Elena, con acento de dulce reconvección)

que ha durado el tocador!

ESCENA IV

ELENA — DOÑA RITA — SALVADOR

ELENA

(después de cambiar un afectuoso saludo con Salvador, se coloca entre los dos)

¿He tardado? ¡Regañona! *(á doña Rita)*

¿Quieres entonces que asuste? (jovialmente)

No hay fea á quien no le guste
aciealar su persona.

¿No sabe usted, Salvador,
que estoy muy adelantada?

SALVADOR ¿Sí?

ELENA Pero no estudio nada. (sencillamente)

D.^a RITA A ver, toca *El Trovador*.

ELENA ¿No ves que se va á reir? (á doña Rita)

¡Él, que tiene tanta fama!

SALVADOR ¡Yo reir!..... eso se llama.....

ELENA ¿Cómo?

SALVADOR Decir..... por decir.

ELENA ¿Cierto?

SALVADOR ¡Ojalá fueran todas
como usted!

ELENA (jovialmente) ¡Salga con eso!
Pues lo que es hoy, le confieso,
que he estado estudiando..... modas.

Una mujer que se pone
al espejo..... ¡vaya, vaya!
¿Quién se acuerda, cuándo ensaya
peinados, y se compone?
Hay días que nos aqueja
este mal con una gana.....

(A doña Rita, con acento de niña *firmada*):

¿Sabes que tengo una cana?

¡Ya me estoy poniendo vieja!

D.^a RITA ¿De veras? (con fingida inquietud)

(á Salvador) ¿Qué le parece?

¡Vieja!

ELENA Tengo, con verdad,
veintiún años, y á esta edad,
¿qué muchacha no envejece?

SALVADOR (alzando hasta ella los ojos por primera vez)

Usted.....

ELENA ¡Yo! ¿y por qué extraños
medios?..... (notando que la mira, se vuelve á doña Rita)

Óyelo, mamá.

- SALVADOR Usted nació y morirá
con un alma de quince años.
- ELENA (con un arranque infantil)
¡Ay, tan niña! pues desde hoy
me voy á hacer la chiquita.
- D.^a RITA ¡Pero, Elena! (con acento de tierna reconvención)
- ELENA (tomándole ambas manos) A ver, mamita,
mírame: ¿qué tal estoy?
- D.^a RITA ¡Qué tonta!
(orgullosa de su hija, la contempla arrobada; luego añade diri-
giéndose á Salvador)
- No me sorprende
verla así: mi pobre Elena
tiene hoy el alma llena
de alegría..... y se comprende.
- ELENA ¿Y por casa, cómo están? (á doña Rita)
- SALVADOR Pregúntele: eso hay que ver. (á Salvador)
- ELENA ¿Buenas nuevas?
(vivamente) Es que ayer
tuvimos carta de Juan.
- SALVADOR ¿Sí? (con una sonrisa forzada é interrogándolas con la mirada)
- D.^a RITA (como respondiendo á la pregunta muda de Salvador)
- Es mi hijo, el mayor.....
hace mucho que está ausente.
(cambiando rápidamente de asunto, para cortar la conversación
empezada, y apartando suavemente á Elena)
- ¿Y ese piano? anda, indolente,
anda: toca *El Trovador*.
¿No ves que el tiempo se pasa?
- ELENA Pero..... (vacilando)
- SALVADOR (se aproxima á ella, y le ofrece el brazo para conducirla al piano;
ella lo toma)
- «Elena, yo le ruego.....
- ELENA Para que se ría luego,
apenas salga de casa!
- SALVADOR ¡Como si usted en su mano (con fuego)
no tuviera ese poder,
que hace sentir y creer!
¡También es altar el piano!
¡Como si usted no supiera

conmover, fibra por fibra,
con la música, en que vibra
palpitante el alma entera!

ELENA

(halagada y yendo hacia el piano)

¡Me lo mandan! la obediencia
es mi fuerte: voy al piano.

(se sienta delante de él. Salvador coloca la música, y se coloca á la izquierda de ella, Doña Rita se acerca también, y se pone á la derecha)

¡Ay, no vaya este tirano
á ponerme en penitencia!

D.^a RITA

A ver; vamos. (á Elena)

ELENA

(empieza á preluviar) Es que estoy
muy torpe..... casi no puedo.

SALVADOR

¿Me tiene usted mucho miedo? (con intención)

¿ó es..... la alegría de hoy?

ELENA

No sé qué le diga ahora; (se detiene)
pero el miedo es lo primero.

D.^a RITA

Toca, niña.

ELENA

Si eso quiero,
y..... ya ves. (continúa preluviando)

ESCENA V

ROSALÍA—ELENA—DOÑA RITA—SALVADOR

ROSALÍA

(asoma muy azorada por la puerta del fondo, y desde allí hace señas inútilmente á D.^a Rita para que vaya donde ella está. No consiguiendo esto, atraviesa la escena, va á colocarse en el dintel de la puerta de la derecha, y desde allí se decide á llamarla en voz baja)

(ap. á D.^a Rita) ¡Venga, señora!

D.^a RITA

(vuélve el rostro, y se inmuta al ver el semblante demudado de la criada, hacia la cual se dirige, mirando de reojo á Elena con inquietud. Rosalía, con un dedo en los labios, le indica que es necesario el silencio)

¿Qué hay? (ap. á Rosalía)

ROSALÍA

(lo mismo) Me parece un sueño.....
el niño..... lo he conocido.....

D.^a RITA

¡Jesús! ¿y dónde?.....

(aterrada y oprimiéndose el corazón. Las dos desaparecen por la derecha. Esta escena es muy rápida, y pasa completamente des-

apercibida para Elena y Salvador, que tienen toda su atención en el piano).

ESCENA VI

ELENA — SALVADOR

ELENA (deja de tocar de pronto, y se vuelve buscando á D.^a Rita. Al verse sola con Salvador, se manifiesta muy turbada y se pone seria. Desde ese momento permanece siempre sentada, pero con el rostro vuelto hacia el público)

¿Se ha ido

mamá? ¡tenía un empeño!
Aprovecharé su ausencia
para dar descanso al piano;
por más que hago.....

SALVADOR (sonriendo) ¿Y el tirano?

ELENA Creo que tendrá paciencia.

(con ingenuidad: lo que sigue lo dice sin levantar los ojos, en tanto que Salvador tiene fijos en ella los suyos con pasión)

¿No es verdad que es pura charla
mi música? ¡oh! ¡qué quiere!
la música no se adquiere
con tratar de interpretarla.
Y esta es preciosa; me encanto
oyéndola á usted. ¡Siquiera
una vez sola pudiera,
luchando, llegar á tanto!
Pero, ¿qué es la voluntad
cuando la fuerza no alcanza?
¡Y yo que tuve esperanza
de no ser vulgaridad!

SALVADOR (inclinándose sobre ella con amor)

¿Qué puede envidiar, Elena,
usted, tan bella, tan pura?.....

ELENA ¡Yo! (muy ruborizada)

SALVADOR Tan llena de dulzura,
tan inocente, tan buena!
Si grandes los genios son
que sobre el mundo se elevan,
¡qué no serán los que llevan

el cielo en el corazón!

ELENA (con los ojos bajos, pero dejando entrever su alegría)

¡Dios mío! es mucho decir.

SALVADOR ¡Ay, Elena, quién pudiera
en la sombra placentera
vivir, soñar.... y morir!
La dicha es amor y calma;
la gloria deslumbradora,
es un fuego que devora,
es la borrasca del alma.
Mi ideal es irme lejos
con mi ilusión más querida,
á una casita perdida
en medio de árboles viejos;
amar allí sin control,
y con dulce confianza
mirar la muerte que avanza
como una puesta de sol.

ELENA Ese ideal.... Me parece (conmovida)
que puede usted.... realizar
su ilusión.

SALVADOR (con desaliento) ¡Quién me ha de amar!

ELENA ¿Quién? (con timidez)

SALVADOR ¡Si mi amor entristece!
Proscrito de la fortuna (con mucha amargura)
nada tengo, ¡ni el cariño
de mi madre!.... cuando niño
me echó lejos de mi cuna!

ELENA ¡Por Dios, no hable usted así!

SALVADOR Y, sin embargo.... lo siento,
hay luz en mi pensamiento,
y mucha ternura aquí. (el corazón)
Honda ternura escondida (con voz temblorosa)
que en el silencio batalla....
amor inmenso que calla,
porque el secreto es su vida!

ELENA Yo.... lo sé. (toda trémula y con un arranque apasionado)

SALVADOR ¡Lo sabe!.... ¡y va
á maldecirme! (con un grito anhelante)

ELENA (en voz muy baja) No.
(levanta tímidamente la mirada hacia él y repite)
No.

SALVADOR ¡Y puedo esperar! (con mucha alegría)

ELENA (muy turbada) Sí.... yo.....

(se levanta bruscamente)

¡Voy á llamar á mamá!

(quiere irse; el grito de Salvador la detiene)

SALVADOR ¡Elena, Elena! ¡por Dios!

¿es verdad? ¿no estoy soñando?

¡No se vaya usted dejando

una sombra entre los dos!

ELENA ¡Sombra!..... (sin alzar los ojos)

SALVADOR (vacilando). No sé qué me pasa.....

es que..... la dicha me aterra.....

nada más tengo en la tierra.....

y dicen que usted..... se casa.

ELENA (aproximándose á él con abandono)

¡Casarme! no lo he pensado;

no es cierto..... ¿y con quién podría?

SALVADOR No sé..... tal vez..... ¿no sería (mirándola con ternura)

con alguien que me ha nombrado?

ELENA ¿Que he nombrado?

(buscando en su memoria; luego añade con alegría)

¡Qué locura!

Juan ¿no es eso? ¡sí es mi hermano!

SALVADOR Hay en él como un arcano

que amenaza mi ventura.

Cada vez que suena aquí

ese nombre misterioso,

alza un eco doloroso

de celos dentro de mí.

(Pausa. Elena molleja un instante, y luego se dirige á Salvador resueltamente)

ELENA Voy á confiarle á mi vez

un secreto, Salvador;

se lo entrego sin temor

con fe ciega en su honradez.

SALVADOR ¡Gracias!

(con efusión, que se transforma en **seguida** en una celosa ansiedad)

¿Secreto?

ELENA

Muy triste.

Si Juan no está á **nuestro** lado,
es porque es muy **desgraciado**:

¡para él la patria no existe!

No es un **crimen**, ni una acción (alzando la frente

que haga **sombra** en la conciencia

lo que **amarga** su existencia

en eterna proscrición.

Soldado, allá en la frontera

sufrió un ultraje sangriento,

y es **altivo**, y es violento,

y **no** lo impone cualquiera.

¡Vengó el ultraje!.... El más fuerte

era el otro: un coronel;

Juan no era tanto.... ¡y á él

lo **condenaron** á muerte!

(se detiene estremecida, y continúa con honda tristeza)

La generosa amistad

de un oficial lo salvó,

y por la pampa le abrió

caminos de libertad.

Miserable, perseguido,

llegó á Chile, y cruzó el mar,

buscando en vano un hogar

como el que había perdido.

¿Dónde hallarlo? En parte alguna,

de la tierra en la extensión,

hay más hermoso rincón

que el rincón de nuestra cuna

¡Ay! tres años van pasados;

¡tres años sin verlo!.... apenas

nos llegan sus cartas, llenas

de gritos desesperados.

Ayer no más escribía,

y esto nos hizo temblar:

«¡Quisiera hacerme matar

por morir en tierra mía!»

(óyese golpear el llamador, y Ezequiel, muy agitado, se presenta en la puerta del fondo. Elena, al verlo, se separa vivamente de Salvador, el cual se retira al lado del piano)

ESCENA VII

EZEQUIEL—ELENA—SALVADOR

EZEQUIEL Perdón, Elena, ¿está aquí,
no es verdad? Esa locura
nos va á costar.....
(notando que Elena le mira sin comprender)

(¿Por ventura
no saben? ¡tonto de mí!)

ELENA Ezequiel, no sé de quien
habla usted..... ¡qué agitación!
síntese. (le acerca una silla)

EZEQUIEL Gracias.

(se sienta distraído, y al notar que ella está de pie, se levanta vivamente y le da la silla)

Perdón.....
no me siento.... así estoy bien.
(¿Y cómo les digo ahora?) (cav'loso)

ELENA (observándole fijamente)

¿Sabe usted que me da miedo?

EZEQUIEL (dominándose y tratando de sonreír)

¡Miedo! ¿y de qué?

ELENA No me puedo
explicar.....

EZEQUIEL (bruscamente)

¿Y la señora?

ELENA Ya viene.

EZEQUIEL Bieu—¡Caballero!.....

(apercibe á Salvador, y ambos se saludan)

¿Estaba usted?..... y tal vez (á Elena)
he interrumpido..... otra vez
perdón, yo, por mí, no quiero.....
Continúe usted, Elena.....

ELENA Hay tiempo.

EZEQUIEL (volviendo á su idea fija)

(Si no le aviso.....

así, de golpe..... ¡es preciso!)

(se acerca á Elena con resolución)

Pues bien, cuando el río suena.....

(se detiene mirando á Salvador)

ELENA ¡Pero, por Dios! yo no sé
qué pensar..... ¡tanto misterio!

EZEQUIEL Es que el asunto es muy serio.

(pasa á la izquierda, indicando á Elena que lo siga para hablarla aparte)

Oiga, Elena.

ELENA (muy turbada al encontrarse con la mirada celosa de Salvador)

Y..... ¿para qué?

El señor es un amigo
de confianza.

EZEQUIEL Sí, no hay duda,
pero.....

(se detiene vacilando. Salvador, al oirlo, va á tomar silenciosamente su sombrero)

(Y si ella no me ayuda,
al fin cómo se lo digo!)

ELENA (deteniendo á Salvador con el ademán)

No se vaya usted.

EZEQUIEL (desesperado ya, se acerca á ella y la habla casi al oído)

Se trata

de Juan!

ELENA (olvidada de todo y con ansiedad)

De Juan!..... y algo grave.....(recordando)

¡Dios mío!

(se queda inmóvil, con las manos sobre el corazón, interrogando á Ezequiel con la mirada. Este le indica nuevamente con el gesto á Salvador)

Todo lo sabe..... (rápidamente)

todo..... hable usted, que me mata!

EZEQUIEL No hay que aflijirse..... no está
enfermo..... es que..... va á venir.

ELENA ¡Aquí! (con terror)

SALVADOR ¡Cómo! (acercándose instintivamente á ellos)

EZEQUIEL (á Elena) Y hay que ir
preparando á su mamá.

ELENA

(muy agitada)

Sí, porque el golpe sería,
si lo sabe de repente.....
Pero este Juan, ¡Dios clemente!.....
pobre, pobre madre mía!

(como aferrándose á una esperanza)

¿Y está seguro, Ezequiel?
¡si ayer hemos recibido
carta!

EZEQUIEL

Ayer! habrá salido
la carta junto con él.
Porque está aquí, le aseguro
que está.

ELENA

¡Si no puede ser!

EZEQUIEL

Es que lo acabo de ver,
Elena, yo se lo juro.

(En este momento un hombre joven, cubierto con un poncho de verano, con un chambergo de ancha alas echado sobre los ojos, y trayendo en la mano un pequeño látigo de montar, se presenta en el dintel de la puerta del fondo. Al verlo, Salvador vuelve á su sitio junto al piano, y Elena corre hacia el recién llegado con los brazos tendidos)

ESCENA VIII

JUAN—EZEQUIEL—ELENA—SALVADOR

ELENA

¡Juan! ¡Juan! (le echa los brazos al cuello)

EZEQUIEL

(á Juan) Ya está preparada,
no temas.

JUAN

(con infinita ternura estrechando á Elena sobre su pecho)

¡Nena!..... ¡Nenita!.....

(descubre de pronto á Salvador y se transforma: toda su tierna emoción desaparece, dando lugar á una fría indiferencia)

(¡Ah!) Bueno..... suéltame..... quita.

(aparta á Elena con un movimiento algo brusco, y va á dejar el sombrero y el látigo sobre la mesa)

ELENA

(asustada del cambio)

¿Qué tienes?

JUAN

(fríamente) No tengo nada.

ELENA

Parces.....

JUAN (con intención) ¿Mucho te asombra
mi venida?

ELENA ¡Y cómo no!

JUAN Tienes razón, porque yo,
es fatal traigo la sombra.
¡Qué hemos de hacerle! no soy
dueño de mí..... me ha llamado
el deber.

ELENA Desventurado!

JUAN Y ya lo ves, aquí estoy.

ELENA (aflijida, poniéndose entre él y la puerta de la derecha para ocul-
tarlo)

¡Y mi madre! ¡Dios bendito!

JUAN ¡Mi madre! (extremeciéndose)

ELENA Puede morir
de dolor.

JUAN (con los ojos fijos en la puerta de la derecha, lleva vivamente á
su hermana hacia la izquierda)

No vaya á oír.....
despacito..... ¡despacito!
No quiero darle otra pena..... (enternecido)
tú vas á ir..... con cuidado.....
dile..... que me han perdonado,
que soy feliz..... anda, Elena.
Tiene enfermo el corazón
desde que murió mi padre:
¡que no sepa nuestra madre
que vengo como un ladrón!

(Elena va á salir y la detiene)

• Aguarda: dile.....

(buscando agitado una idea salvadora en su imaginación)

Ezequiel,
anda tú allá..... tengo miedo.....
tú le dirás..... yo no puedo
ni pensar.

(á Elena) Anda con él.

EZEQUIEL Bueno, bueno; yo idearé,
no te aflijas: ya verás.

JUAN (á Elena, que vacila mirando á Salvador)

Anda, Elena, anda no más;

llévalo.... le tengo fe.

(Elena y Ezequiel salen por la derecha, Una pausa)

ESCENA IX

JUAN — SALVADOR

JUAN

(de pronto, y como recordando algo olvidado, va resueltamente hacia el fondo y se detiene delante de Salvador con marcada hostilidad)

Si usted me ha oído nombrar,
sabrás que soy el hermano
de esa niña.... Y, ¿es el piano
lo que usted viene á enseñar?

SALVADOR

La música es mi carrera, (con altíves)
pero.... no enseño.

JUAN

Sí.... sí....

pero viene usted aquí,
por eso.... ¡pues bueno fueral
Y ella, ¿sabe?.... la verdad

SALVADOR

Ella.... (turbado)

JUAN

¿No es tiempo perdido?....

SALVADOR

¡Oh!

JUAN

Jamás le he conocido
semejante habilidad.

Antes, en tiempo lejano,
cuando yo no estaba ausente, (acentuando)
recuerdo perfectamente
que no le gustaba el piano.

Hay que tener vocación,
genio sobre todo.... y ella,
una de dos, ó descuella,
ó renuncia al parangón.

Es la altívez heredada
en mi familia, ese anhelo
de no bajar nunca al suelo
ante nadie la mirada;
de no sufrir que á su antojo
la implacable sociedad,
pueda hundir la dignidad

SALVADOR bajo el peso de un sonrojol
(como temiendo comprender)
Señor, no puedo alcanzar.....
me habla usted de un modo extraño.

JUAN (con marcada intención)
Creo que hace como un año
que Elena empezó á estudiar.
Un año es mucho, y tal vez
por lo que estudia y no sabe,
no falta alguno que alabe
su..... vamos, su candidez;

(exaltándose gradualmente);

y porque creen que no puedo
volver jamás á mi casa,
cualquier imbécil que pasa
la señala con el dedo.

No se figuran quizá
que ni al patíbulo temo
cuando está mi bien supremo
donde el patíbulo está;
y que á castigar la audacia
que en la impunidad confía,
puedo levantarme un día
del fondo de mi desgracia.

Que vaya la delación
á abrirme tumba sangrienta:
no moriré con la afrenta,
de ninguna humillación

(Le vuelve la espalda con desdén. Salvador, anonadado, se que
mirándole con la ansiedad de la desesperación. Rosalía, muy agi
da, entra en este instante por la derecha.)

ESCENA X

ROSALÍA — JUAN — SALVADOR

ROSALÍA Niño Juan, hágame el gusto
de ir allá, porque parece.....

JUAN (estremeciéndose dolorosamente)

¡Ah! ¡mi madre!..... me estremece
pensar!.....

ROSALÍA

También con el susto.....

JUAN

¡Dios mío! si esta emoción.....

(entra rápidamente por la derecha)

ESCENA XI

ROSALÍA — SALVADOR

ROSALÍA

(continúa hablando agitada, sin notar la ausencia de Juan)

Van dos veces que le da
el ataque: hoy día está
fatal con el corazón.

(nota á un tiempo la falta de Juan y la presencia de Salvador en la sala, y se dirige á éste con acritud)

¡Ah! su merced todavía
estaba aquí.

(Salvador, muy abatido, la escucha sufriendo y se dispone á marcharse. Ella prosigue como si hablara consigo misma)

Se me pone
que es por él..... ¡Dios me perdone
si creo en esta agüería!
Desde que vino, le estoy
repitiendo á la señora:
en mí no es cosa de ahora.

SALVADOR

(acercándose á ella tristemente)

Rosalía, ya me voy.

ROSALÍA

¡Ya! (¡qué suerte!) (á media voz)

SALVADOR

(con amargura)

¿Nada más?

¿en tus rencores no cabe
la piedad?..... Me voy, ¡quién sabe
si podré volver jamás!
Si mi desgracia es tu suerte,
pronto la verás cumplida:
llevo en el alma una herida
que es una herida de muerte.

ROSALÍA

(empezando á conmoverse)

¿Quién ha dicho?.....

SALVADOR

(con dulzura)

En un momento

de cólera, te ofendí;
perdóname.

ROSALÍA
SALVADOR

(admirada)

¡Yo!

Tú, sí:

te aseguro que lo siento.
El orgullo me cegó,
porque no te conocía.....
¡pobre mártir! no sabía
que eras más grande que yo.
Yo creía que mi gloria
de artista, me levantaba
sobre todo: me engañaba:
algo más hay en tu historia.
Mis triunfos, mi vanidad,
¿qué son ante tu martirio,
madre que en ciego delirio
diste tu hijo á la orfandad?
Y es por *ella* que has llorado,
por *ella* que abahdonaste
tu tesoro, y le dejaste
morir lejos de tu lado!

ROSALÍA
SALVADOR

¡Morir! (dolorosamente)

Perderse en la vida
ó en la muerte, ¿no es lo mismo?
en el fondo de ese abismo
siempre hay un alma perdida.
¡Oh! yo sé lo que es luchar
con un eterno vacío,
yo, que nunca al lado mío
tuve madre á quien llamar.
Rosalía, yo también
soy un huérfano perdido:
si vieras cuánto he sufrido,
tal vez me quisieras bien!

ROSALÍA

(llorando)

Es capáz, con esa labia.....

(bruscamente)

mire, no me hable jamás
de mi hijo!

SALVADOR Llorando estás.

ROSALÍA (con arrebató)

¡Se puede llorar de rabia!

SALVADOR No es verdad. Me compadeces,

y haces bien: es un consuelo

que en largos años de duelo

he tenido pocas veces.

Digno soy de compasión,

te lo juro. Mi delito

es un amor infinito

ahogado en mi corazón.

Brillo tenía mi nombre.....

ella amaba ya al artista,

y en la primera entrevista

me comprendió, y amó al hombre.

Esa es mi culpa: el haber

encontrado en mi camino

al ángel de mi destino

que me ha enseñado á querer. (con mucha tristeza)

¿Por qué á todos causa espanto

que ame á Elena con locura?

Y tú, madre sin ventura, (con intención)

¿por qué me aborreces tanto?

ROSALÍA (balbuceando)

Aborrecer..... ¡eso no!

SALVADOR Condenada eternamente

á llorar al inocente

que tu amor desamparó,

¿no has pensado, Rosalía,

que triste é infortunado

puede pasar por tu lado

el hijo que diste un día?

Yo, madre no he conocido.....

la caridad me asiló.....

ROSALÍA ¡E!

(se aproxima á Salvador estremeciéndose, le toma una mano, y atrayéndolo hacia ella, se queda mirándolo fijamente)

SALVADOR

Bien pudiera ser yo
el hijo que tú has perdido.

ROSALÍA ¡No, no es cierto! (con agitación)
SALVADOR ¿Y si lo fuera?
ROSALÍA Es un engaño..... ¡mentira!
SALVADOR ¿Y si lo fuera?
ROSALÍA (siempre mirándolo y sin abandonar su mano) Delira
el infeliz!

SALVADOR ¡Dios quisiera!
Es tal vez mi sed de amor,
un sueño del pensamiento:
te ahorrarias el tormento
de sufrir con mi dolor.
¡No importa!.... que esta ilusión
á lo menos me acompañe:
¡déjamela, aunque me engañe,
que estoy solo en mi aflicción!
Todo me hostiliza aquí,
todo! Pero tú eres buena.....
madre fuiste para Elena,
y has de serlo para mí.
Algo en el alma me grita
que te he encontrado!

ROSALÍA (con un arranque de ternura) ¡Si fueras!
(lo suelta, y se queda inmóvil, oprimiendo su cabeza con ambas
manos)

SALVADOR Me has de amar aunque no quieras:
adiós, ¡madre!
(Rosalia continúa inmóvil; él se va alejando lentamente hacia el
fondo, y ya en el dintel de la puerta de salida, le dice con ternura
y tristeza)

¡Madrecita!

(arroja una postrera mirada á la puerta de la derecha, y vase)

ESCENA XII

ROSALÍA — JUAN

ROSALÍA (siempre en la misma actitud, luchando entre la duda y la esperanza)

¡Si lo fuera!

JUAN (entra por la derecha triste é inquieto)

Pasará....

eso dicen..... ¡Madre mía!
y sin verla todavía! (apercibiéndose a Rosalía)
ven, viejita, ven acá.

(ella se le acerca maquinalmente, estremeciéndose, como si acabara de despertar de un sueño penoso)

Tú que sabes..... ¿muy seguido
le da ese mal?

ROSALÍA No, señor.

JUAN ¿Y no sería mejor
ver médico?

ROSALÍA Ya ha venido.

JUAN ¿Y qué ha dicho?

ROSALÍA Que es nervioso,
que no es nada

JUAN ¡Pobrecita!
¿y qué le dan?

ROSALÍA Se le quita
con un poco de reposó.

JUAN ¿Sufre mucho? ¿cómo es?
Habla, no me ocultes nada.

ROSALÍA Se queda, así, como ahogada,
y se adormece después.

JUAN ¡Y no me dejan entrar!
(con arranque; luego con resignación)
tienen razón..... ¿qué han de hacer?

ROSALÍA Sí, por que.....

JUAN (la interrumpe bruscamente, se vuelve hacia la puerta y escucha)

Cállate..... á ver:
me ha parecido escuchar. (un momento de silencio)

Nada..... sin duda es el viento;

y es que estoy tan aturdido

que el más mínimo ruido

se me figura un lamento.

He creído oír un grito

que me ha llegado hasta el alma!

(recordando entristecido)

ella aquí vivía en calma..... (con desesperación)

¡Oh! ¡yo debo estar maldito!

ROSALÍA (tratando de calmarle)

¡Niño Juan!

JUAN

Es tan cruel
mi situación, Rosalía! (escuchando otra vez)
alguien viene.... ¡Madre mía!
(en voz muy baja y atreviéndose apenas á mirar; luego con desaliento)
no, no es ella: es Ezequiel.

ESCENA XIII

EZEQUIEL — JUAN — ROSALÍA

(Ezequiel entra por la derecha lentamente, sin mirarlos. Rosalía se aleja hacia la izquierda y se queda allí cavilando hasta el fin de la escena)

JUAN

(lanzándose al encuentro de Ezequiel)

¿Y mi madre?

EZEQUIEL

(volviéndose á cerrar la puerta: habla con una mezcla de ligereza y solemnidad, **Duerme.**)

JUAN

(bajando la voz) ¡Ah!
hay que dejarla dormir
¡Despacio!

EZEQUIEL

No te ha de oír.

JUAN

(estremeciéndose y mirándolo á la cara)

¿Por qué?

EZEQUIEL

(vivamente) Claro: desde allá.

Hay seis piezas de por medio,
y ningún rumor podría

(bruscamente y con resolución)

¿Sabes, Juan, que es osadía?.....

tú nunca tendrás remedio.

Venir tranquilo á mirar
el banquillo cara á cara,
es una audacia tan rara,
que otro creería soñar;
no yo: tu altivo valor
reconozco: siempre el mismo,
yendo en pos del heroísmo
con orgullo y con amor.

JUAN

Mi valor..... ese, cualquiera
puede tenerlo, Ezequiel:
yo llamo heroísmo á aquel

que me salvó en la frontera;
á bien que tu abnegación,
noble amigo, te ha costado
la pérdida de tu grado
y dos años de prisión.

EZEQUIEL Eras mi amigo, y tenía
interés..... ¡vaya una hazaña!
por una persona extraña
si dijeras, todavía!
Tú sí que eras el primero
entre los bravos allá,
en donde tu nombre está
brillando como el acero.
Cada día, cada hora,
el combate nos llamaba,
y siempre impasible estaba
tu mirada pensadora.
Ningún otro más valiente,
ningún otro más sereno,
bajo aquel eterno trueno
soñador indiferente.
Hoy te he visto..... y no has cambiado;
á buscar la muerte vienes.....
ya veo que siempre tienes
el corazón bien templado.
Vuelve á mí como otros días,
siempre heroico y altanero
aquel Juan, mi compañero
de combates y alegrías.

(muy solemne, avanzando paso á paso hacia Juan que le mira con
extravío)

No, no le han hecho bajar
la frente sus sinsabores,
y el mayor de los dolores
no lo podría doblar!

JUAN

(con voz ahogada)

¿Qué vas á decirme?

EZEQUIEL

Amigo....

hermano

JUAN

(escuchando: Lloran.... ¿no es cierto?

EZEQUIEL

(tendiéndole los brazos y con resolución)

**Pues bien, Juan.... tu madre ha muerto!
¡ven á llorarla conmigo!**

(Juan, aterrado al principio, se queda mirándole con espanto: luego se arroja sollozando en brazos de su amigo. Rosalia junta las manos y eleva la mirada al cielo sin pronunciar una palabra)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior

ESCENA PRIMERA

JUAN—ROSALÍA

(Juan, de luto, y profundamente abstraído, está de pie en medio de la escena, jugando maquinalmente con el látigo que trajo en el acto primero. Rosalía, que viene de la calle, entra por el fondo.)

JUAN ¿Viste á Ezequiel?

ROSALÍA No, señor,

había salido ya;
pero me ha dicho la niña
que se pensaba llegar
por aquí, cuando volviera
del centro.

JUAN (distráido) La niña..... ¿cuál?

ROSALÍA La niña su hermana.... ¡vaya
que está usted hoy!.....

JUAN Es verdad:

Concepción. Tengo el espíritu
no sé cómo.

(pausa) Bueno; vas
á hacer otra diligencia.

ROSALÍA Sí, señor.

JUAN Vas á llevar
al..... pianista..... á Salvador,

- JUAN (vivamente) Siempre!
(dominándose luego) Es natural,
viviendo en el barrio.
- ROSALÍA (tristemente) El pobre
ha de andar enfermo: está
que da penal
- JUAN (interrumpiéndola bruscamente) Con las fiestas,
y la vida que se dan:
esa gente hace la noche
día... Puedes irte ya.
(Rosalía se queda pensando, sin moverse.)
¿Qué esperas?
- ROSALÍA (vacilando) Es..... una cosa.....
Le quisiera preguntar.....
Usted de fijo va á creer
que es locura, niño Juan,
pero ¡qué quiere! las viejas
cavilamos... ¿Es verdad
que Salvador se parece
á mí?
- JUAN (estremechiéndose: luego con súbita impaciencia.)
A tí! —Esto es fatal!—
¡Pero, señor, con ese hombre
que tienen todos acá!
Vete, Rosalía.....
- ROSALÍA Es que,
señor.....
- JUAN Oh! déjame en paz. (le vuelve la espalda)
- ROSALÍA Bien dije!
(Vase por el fondo, Juan continúa paseándose y vuelve á sus cavilaciones.)
- JUAN (abstraído) Tendré que echarla.
(Al oír lo que habla dentro Ezequiel y Rosalía, deja el látigo sobre la mesa y va hacia el fondo.)
- EZEQUIEL ¿Puedo entrar? (dentro)
- ROSALÍA (dentro) Entre no más.

ESCENA II

EZEQUIEL—JUAN

EZEQUIEL Vengo muerto de cansado;
así he tenido que andar!

JUAN Siéntate, toma.

(Le da una silla: Ezequiel se deja caer en ella.)

EZEQUIEL ¿Y Elena?

Pobrecita!

JUAN Elena va
resignándose. Ayer mismo
ya la oíste: sin llorar
habló de mi madre. Tiene
mi fuerza de voluntad.
Ay! sin esto, ¿qué sería (con amargura)
de ella y de mí?

EZEQUIEL (se levanta) Vamos, Juan,
tristezas á un lado. Vengo, (solemnemente)
en nombre de la amistad,
á pedirte que te vayas.

JUAN Que me vaya!

EZEQUIEL Sin tardar,
mañana, esta noche misma
si puedes!

JUAN Pero..... ¿qué hay?

EZEQUIEL Es algo que he descubierto
por una casualidad.
Tú tienes un enemigo,
frío, implacable, tenaz,
cuya venganza te acecha
perdida en la oscuridad.
Es una mujer. (Juan mueve la cabeza con aire de duda)

Ya sé

por qué empiezas á dudar;
pero una mujer que es mala,
es más mala, mucho más,
que diez hombres.

JUAN Pero dime,
¿qué mujer me puede odiar?
EZEQUIEL Una que tiene en la vida
tu muerte por ideal,
porque le has arrebatado
toda la felicidad,
el último amor, e único
que Dios la dejó soñar
cuando en la vejez sombría
la espantó la soledad.
Es la hermana de aquel hombre
que se atrevió á levantar
como un látigo la espada
para cruzarte la faz,
no dejándole á tu honra
más camino que matar.
Ella quería al hermano
con cariño maternal:
aquella alma tenebrosa
tenía esa claridad.
Muerto él, quedó la fiera
solamente.

JUAN Y bien, ¿qué hará?
EZEQUIEL Lo que hará, por lo que ha hecho
te lo puedes figurar.
Consagrada á la venganza
desde tres años atrás,
en silencio, día á día,
te persigue sin cesar.
Te he dicho que he descubierto
por una casualidad....
pues bien, oye, y vas á ver
de qué cosas es capaz.
Hoy, cuando salí de casa,
me fuí al Correo, á dejar
una carta. En ese instante,
con una intención igual,
ví llegar, ebrio perdido,
á un hombre de rostro audaz,

que, con su carta en la mano,
se puso, con grave afán,
á tantear por las paredes
el buzón que iba á buscar.
Era un milico: al momento
tuve esta seguridad,
á pesar del traje: un chino
de mi cuerpo. ¿Qué oficial
no conoce á los que un día
le enseñaron á pelear,
compadreándole á la muerte
con soberbia majestad?
Le tuve lástima: el pobre
no estaba para acertar;
tomé su carta... ¡y leí
tu nombre en el sobre!

JUAN

(con viveza)

Ah!

¿era para mí?

EZEQUIEL

Tan era!.....

No sé qué idea fatal
se me puso: aquella carta
me atraía... y ya verás
si tuve razón pensando
cuanto malo hay que pensar.
Se la cambié, por supuesto,
al milico allí no más,
eché en el buzón la mía...
y le empecé á preguntar.
Era ella quien enviaba
la carta! ¡Si es infernal
esa mujer!

JUAN

Ella!

EZEQUIEL

Sí;

y parece que ya van
varias.

JUAN

(estremeciéndose) Dice?.....

EZEQUIEL

La he leído,
te lo advierto. Si hice mal,
no lo sé; viniendo de ella

no podía vacilar.
Yo presentía un peligro,
¡y no me engañaba! El plan
que ha estado urdiendo, es horrible,
y se deja adivinar
en ese anónimo infame
que ha dictado la maldad.

(Saca de su bolsillo una carta abierta y la entrega á Juan. Este la recibe con repugnancia, y se pone á compararla atentamente con otras dos que tiene en su poder.)

Ella ha pensado, sin duda,
por este medio, lograr
que vinieras á ofrecerte
á su venganza..... ¡y está
esperándote! Me acabo
de encontrar en el zaguán
de la casa de aquí en frente, (señala á la derecha)
dormitando en el umbral,
al milico de la carta,
que con toda gravedad
á la pasada me ha hecho
el saludo militar

¡Ella ha alquilado esa casa,
y se acaba de instalar!

JUAN

(Guardando todas las cartas)

Tienes razón: es horrible...
yo tenía las demás.

(lentamente y mirándole con fijez)

Hablan de Elena... ¡de Elena!
tú has leído, ¿no es verdad?

EZEQUIEL

He leído con desprecio.

JUAN

Has leído..... ¿sin dudar?

EZEQUIEL

Juan! ¿te figuras? (con enérgico reproche)

JUAN

Perdóname.....

¡sabe Dios cuántos tendrán
la insolencia..... ó el derecho
de juzgar mi dignidad!

EZEQUIEL

(Con arranque)

Cuando te vayas, ¿á Elena
con quién la vas á dejar?

- Yo la quiero desde niño:
JUAN, mi hermano, ¿me la das?
- JUAN (estrechándolo en sus brazos)
Gracias! gracias!
- EZEQUIEL (Separándose de él suavemente) Si le falta
una madre, la tendrá
en mi hermana Concepción,
que ha de amarla como tal.
Si ella acepta, si ella quiere,
la calumnia morirá.
- JUAN Si ella quiere! (como admirado de la duda: luego con emoción)
¿Has olvidado
los ensueños de otra edad,
nuestros juegos infantiles
á la sombra del hogar?
Siempre juntos, los tres éramos
como gajos de un rosal,
y mi madre nos llamaba
«la segunda Trinidad.»
Pobre madre! si te viera
realizando su ideal!
- EZEQUIEL (con ternura) Es el mío..... siempre ha sido.....
- JUAN Hoy me vuelves á salvar!
tienes tú para nosotros
no sé qué providencial.
- EZEQUIEL Y ella... dime, ¿la has hablado?
¿mi cariño aceptará?
- JUAN (con energía) Los afectos de la infancia
no se pueden olvidar.
Yo pensaba..... ¡si supieras
la alegría que me das!
Te adelantas al pedido
que iba á hacer á tu amistad;
ahora mismo te llamaba
para hablarte.
- EZEQUIEL Y..... ¿partirás?
- JUAN Partiré: desde que Elena
tenga apoyo y tenga hogar,
otra vez iré al destierro

para que ella viva en paz.
EZEQUIEL Pues bien, Juan, será mi esposa.....
¡y algún día me ha de amar!
JUAN (con arranque)
¡No ha de amarte! ni lo digas....
esa duda me hace mal.
EZEQUIEL (yendo á tomar su sombrero)
Te dejo para que puedas
consultar su voluntad:
volveré en seguida.

ESCENA III

ROSALÍA—EZEQUIEL—JUAN

ROSALÍA (por el fondo) Dice (á Juan)
que ya viene.
JUAN Bien está.
Llama á Elena.
ROSALÍA Sí, señor. (vase por la derecha)

ESCENA IV

EZEQUIEL—JUAN

JUAN No tardes. Voy á esperar
tu vuelta con impaciencia.
EZEQUIEL ¡Estoy tan cerca!
JUAN (acompañándolo hasta la puerta)
Será
cuestión de un momento. Mira,
ya lo puedes anunciar
á tu familia: mañana
el matrimonio se hará.
(Vase Ezequiel por el fondo, izquierda)

ESCENA V

ELENA—JUAN

ELENA (por la derecha: viste de luto como su hermano)
¿Me llamas?

- JUAN (viniendo hacia ella, solemne y sombrío)
Sí, siéntate;
(le indica una silla á la izquierda: ella se sienta maquinalmente)
vamos á hablar seriamente.
¿Sabes quién está allí en frente?
(señalando la izquierda)
- ELENA (con temor)
¿Allí?..... no, Juan, no lo sé.
- JUAN ¡Es la muerte! (con energía)
- ELENA (levantándose asustada) ¡Ah!
- JUAN De allí
me acechan noche y mañana:
si yo abriera esa ventana,
tendrías que orar por mí!
- ELENA (lanzándose hacia él para impedirle acercarse á la ventana)
¡No, por Dios, Juan!
- JUAN No te espantes
todavía. (la toma de la mano y la hace sentar otra vez)
Calma, Elena;
quiero que me oigas serena.....
siéntate: no te levantes.
(vuelve á sacar las cartas mencionadas en la escena II, y las coloca
sobre la mesa, de donde las va tomando después una á una)
¡Por algo en mi casa estoy;
algo tenemos pendiente,
y es de dolor solamente
que he enmudecido hasta hoy.
Pero el momento ha llegado;
el peligro no da espera.....
Hablemos, pues, y ¡Dios quiera
que nos hayan calumniado!
Primero voy á leerte
estas cartas. Oye bien,
y después ya sabrás quién
me ha puesto frente á la muerte
- ELENA No comprendo: ¡cartas!
- JUAN (preparándose á leer) Sí;
cartas anónimas..... son
negras como la traición.....

la primera dice así:

(lee lentamente, observando de reojo á Elena)

« Caballero: Una persona que se interesa mucho por usted, y que no quisiera que nadie atacara el honor de su familia, le advierte que ese honor está en peligro. Su hermana Elena, aprovechando su ausencia, tiene amores con un individuo absolutamente indigno de ella. »

(arroja la carta sobre la mesa, y toma otra de ellas)

ELENA

(levantándose con espanto)

Pero, Juan..... ¿y en qué se funda esa infamia? ¿tienen alma de decirte!.....

JUAN

(haciéndola sentar nuevamente)

Calma! calma!

pasemos á la segunda. (lee como antes)

« Caballero: Es necesario que tome, usted alguna medida para evitar lo que está sucediendo en su familia. Su honor lo exige. ¿Quién ignora aquí que Elena ha descendido hasta el último extremo? Empieza ya á señalarse el amante, pero es casi imposible creerlo. »

ELENA

(cubriéndose el rostro con desesperación)

¡Qué infamia! ¡Qué infamia!

JUAN

(tomando la tercera carta)

Espera:

todavía hay algo más.....

eso no es todo..... verás

lo que dice la tercera. (lee)

« Si alguien quisiera vengarse de usted, señor don Juan, ya estaría vengado. El escándalo se ha producido: ¿Sabe usted quién es el amante de Elena? Un aventurero, á quien llaman aquí simplemente *el pianista Salvador*, porque no tiene origen conocido. Todos dicen que es un *cunero*, y hasta se asegura que tiene en sus venas sangre de mulato. Pero es un músico de nota, y na-

die extraña que con este motivo su hermana se haya dedicado al piano. »

(deja en la mesa la última carta, y viene á cruzarse de brazos delante de Elena, que llora en silencio)

Ahora puedes hablar:
dime ahora si han mentido.....
¡dime ahora si he venido
á salvar ó á castigar!

ELENA (se levanta con rapidez, enjuga sus ojos, y se dirige á Juan con entereza)

No me impongas el rubor
de defender mi pureza.....
donde la vergüenza empieza,
allí concluye mi amor!

JUAN (con ira reconcentrada)

Amor! entonces, Elena,
¿quieres á ese hombre?

ELENA (con firmeza) Lo quiero.

JUAN ¿Y qué esperas? (con arrebató)

ELENA (trémula) ¿Lo qué espero?.....

JUAN La sociedad te condena! (violento)

ELENA ¿Y por qué?

JUAN ¿No lo has oído?

ELENA ¿Eso que hablan?..... (desdeñosamente)

JUAN ¡Es verdad!

ese hombre en la sociedad
no tiene..... ni un apellido!
¡Y lo quieres!

ELENA Suyas son

esta vida sin ventura,
y toda cuanta ternura
existe en mi corazón.

JUAN Ese hombre en Chile se ha criado,
y allá en Chile he descubierto.....

¡Si Dios no lo había muerto,
yo debí haberlo aplastado.

Ese bastardo insensato
que el aplauso ha envanecido,
tiene, Elena,— no han mentido—

tiene sangre de mulato!
Y lo quieres! Él, que pasa
por persona de valía,
es hijo..... de Rosalía!
¿de la sirvienta de casa!

Y lo quieres! (Elena por toda respuesta se echa á llorar)

¿Quién concilia
tu amor y tu dignidad?

¿es que ante la sociedad
eso afrenta á mi familia!

Oye, Elena: no hay dolor, (con mucha energia)

tú lo sabes, que me espante,
cuando me ponen delante
la sombra del deshonor.

Me han dicho: «Vas á impedir
la ignominia»..... y he volado,
cual si me hubiera llamado
el clarín á combatir.

Sé castigar la insolencia,
y el banquillo que está ahí,
bien dice que nunca vi
banquillos en mi conciencia.

Tú lo has visto, Elena: más
que afrontar la muerte he hecho,
para tener el derecho
de no humillarme jamás;
por este honor, por no verte
mancillada, envilecida,
á la que nos dió la vida
yo le he causado la muerte!

ELENA (con las manos juntas y la mirada en el cielo)

Madre mía! madre mía!

JUAN Y si á tal punto he llegado,
¿cómo crees que deshonrado
pudiera vivir un día?

ELENA (desesperada)

Pero, ¿qué quieres que haga,
por Dios?

JUAN Sé digna de tí.

ELENA

(con resignación) Tú sabrás.

JUAN

A Ezequiel, tu compañero
de la infancia.... ¿quién mejor?
ese merece tu amor!
Ese no es aventurero!

ELENA

(suspirando y con timidez)

Mira, Juan.... Dios es testigo....
yo me casaré con él,
pero amarlo.... en Ezequiel
no veo más que al amigo.

JUAN

(otra vez con orgulloso exaltación)

Y envileces tu pasión!
Elena.... ¡y á quien prefieres!
cállate!.... calla!

ELENA

(con dulzura)

Qué quieres!
no se manda al corazón.

JUAN

(airado y sombrío)

Sobre esa debilidad
está el deber!.... concluyamos!
yo no quiero que sirvamos
de escarnio á la sociedad.

(recoge las cartas que ha dejado en la mesa)

He llamado á Salvador;
va á venir.

ELENA

(sobresaltada y quisiendo irse)

Me iré.... no puedo....

JUAN

(la toma de la mano para detenerla)

Elena, ¿le tienes miedo?
¡Quédate, por nuestro honor!

(la vuelve á su asiento. Elena se deja caer en él.)

ELENA

(temblosa)

Quieres.... que me quede.... aquí?

JUAN

(indicándole las cartas)

Esto Ezequiel ha leído:
¡si él dudara que han mentado,
teadrías que orar por mí!

(Guarda las cartas. Salvador golpea las manos como en el acto
primero, y aparece luego en la puerta del fondo. Viene como
antes irreprochablemente vestido, pero con las señas del mayor
abatimiento)

ESCENA VI

SALVADOR — ELENA — JUAN

SALVADOR (penetra á la sala con lentitud, saluda y deja su sombrero en una silla)

Si he venido.....

JUAN (sin contestar á su saludo y saliéndole al encuentro)

Ya lo sé; (con dureza)

yo lo he mandado buscar
por la cuenta.

(volviéndose á Elena, que está anonadada y no se atreve á mirarlos)

Hay que pagar.

SALVADOR (con asombro)

Cuenta, señor! ¿y de qué?

JUAN (con altanería)

Aquí usted, por lo que veo,
vino á dar lecciones.

SALVADOR (comprendiendo de súbito) Oh! (aterrado)

señor!

JUAN

Le advierto que yo
mis deudas no regateo.

SALVADOR Señor!..... (temblando de cólera)

JUAN

¿Qué tiene de extraño?
¿no es trabajo por ventura?
¡sería más que locura
enseñar gratis un año!

SALVADOR Paga! á mí! (oprimiéndose la frente con ambas manos desesperado)

JUAN

(volviéndose á Elena)

Si él no lo tasa,

hazlo tú. (le entrega su cartera; luego agrega con mal contenida cólera)

¡Como si fuera
posible, de otra manera,
que hubiera entrado en mi casa! (vase por la derecha. Elena queda inmóvil, con la cartera en la mano)

ESCENA VII

SALVADOR — ELENA

(Un momento de silencio. Salvador observa á Elena dolorosamente, y al fin, dominando su emoción, se atreve á hablarla.)

SALVADOR Elena! (con mucha ternura, aproximándose: ella no le contesta. Después de una pausa repite:) Elena! (suplicante: el mismo silencio)

Dios mío! (con abatimiento)

este silencio me espanta:

siempre ante mí se levanta

la soledad del vacío!

Hoy, con el alma angustiada,

venía en pos de un consuelo,

á llevar para mi duelo

el amor de su mirada;

y ella los ojos desvía,

y la hablo, y no me responde....

¿en dónde está, Elena, en dónde,

la mirada de aquel día?

ELENA

(se levanta resuelta, fijos los ojos en la puerta de la derecha)

Basta ya: de lo pasado (con voz apagada)

ni una palabra, por Dios!

(haciendo un violento esfuerzo).

Nada existe entre los dos....

SALVADOR

Nada! (con desesperación: luego comprime la frente entre las manos)

Tal vez lo he soñado!

(con mucha amargura)

Yo creí.... fué sueño vano!

que si me amaron erguido,—

triste, doliente y caído,

me tenderían la mano.

He traído esa ilusión

como una fuerza en el alma,

para oír, en muda calma,

palabras de humillación;

y me he callado al sentir

llamaradas en la cara,

pensando que si yo hablara
ella podría sufrir!

ELENA (llorosa y conmovida, siempre con los ojos fijos en la puerta de la derecha)

Salvador..... ¿y cuánto..... cuánto.....
se le debe?

SALVADOR (con un grito de dolor)

Usted!..... dinero!

Piedad, Elena! (se inclina hacia ella suplicante; al observarla, su dolor se transforma rápidamente en alegría)

Sí..... pero.....

¡pero está bañada en llanto!

ELENA (agitada)

Mi madre..... mi madre lloro.....

SALVADOR Por ella, y por mí también!

Oh! gracias por tanto bien.....

¡no he perdido mi tesoro!

(con ternura) Porque ¿no es verdad que ha sido
una prueba, y nada más?

he creído oír: « Jamás! »

y el dolor me ha enloquecido.

¡La prueba ha sido tan dura!

usted quizá no ha pensado

que soy un desheredado

del hogar y la ternura;

que toda mi vida llena

el dolor, como un castigo,

y sobre el mundo enemigo

no tengo más que á mi Elena!

(Un silencio. Salvador continúa con profundo desaliento.)

Ni una voz consoladora

se levanta aquí siquiera!

oh! si ella al menos viera,

la dulce y santa señora!

Dios todo me lo ha quitado!

ELENA (No puedo..... no puedo más!) (se aleja sollozando por la derecha)

SALVADOR Nada! nada! (mirándola con desesperación)

ESCENA VIII

JUAN — SALVADOR — ELENA

JUAN (cuando Elena va á entrar, sale á su encuentro y le cierra el paso) ¿Adónde vas?

ELENA ¿Adónde? (muy turbada)

JUAN (friamente, señalándole la cartera)

No le has pagado. (le toma la cartera y se vuelve á Salvador con mal contenida cólera)

Será orgullo..... ó vanidad,

pero un servicio gratuito,

es cosa que yo no admito

sino en caso de igualdad.

Y no he de hacer excepción

porque se trate de usted.....

¡aceptar esa..... merced,

sería una humillación!

Llévese usted mi cartera,

ya que se niega á fijar

cantidad: quiero pagar,

y pago! (le entrega la cartera. Salvador la toma, la deja

caer, y con un arrebato de ira le pone el pie encima. Luego se

queda inmóvil, buscando con angustia una idea salvadora. Juan,

que le había vuelto la espalda, lo observa en este momento y lo

mira con fijeza) ¿Qué más espera?

SALVADOR (abrumado primero, luego resuelto y altivo)

Yo, señor..... aunque lo veo,

aunque lo siento..... no, no.....

¿por qué han de humillarme?..... yo

todavía no lo creo!

No soy ningún criminal,

mi conciencia no me acusa:

¿por qué conmigo se usa

ese tono que hace mal?

Hay algo hostil, implacable,

contra mí, que no comprendo:

¡parece que están creyendo

que soy algún miserable!

Pero no: soy nada más (con tristeza)
que un desgraciado, señor.....
y amo mucho.... ¡y el amor
no es un delito jamás!
Aún mi mente acaricia
la esperanza de obtener.....
¡tiempo es aún de volver
sobre esa horrible injusticia!
Eso..... eso..... no lo quiero, (empujando la cartera
con el pie)
no lo puedo recibir.....
¡yo aquí he venido á pedir
corazón, y no dinero!

JUAN

(que le ha escuchado impasible)

Creo que estamos hablando
demás, y lo que es peor,
de igual á igual.

SALVADOR

(altanero)

Yo, señor,
no soy menos!

JUAN

(con arrebató)

Desde cuándo?

SALVADOR

(con exaltación)

Desde cuándo? desde el día
en que mi frente brilló
sobre todas..... (se contiene súbitamente, y añade cam-
biando de tono)

Pero no,

no lo creo todavía.

Señor, Elena está ahí,
sufriendo, anegada en llanto.....

¡sea usted grande!—no es tanto (con orgullo)
lo que la aleja de mí!

Si teme usted á la opinión,
dígame al mundo cruel,
que ella me ha alzado al nivel
de su noble corazón!

¡que si ante la ley social
es mi cuna.... bochornosa,
bien puede hacerla dichosa
quien puede hacerla inmortal!

JUAN (con una explosión de altívez)
O yo deliro, ó pretende
que le dé la hermana mía! (corre á la derecha y llama)
Rosalía! Rosalía!

ELENA (lanzándose hacia él con mucho temor)
¿Qué vas á hacer?

JUAN (sin atenderla y hablando al interior)
Oye! atiende!

ESCENA IX

ROSALÍA—JUAN—SALVADOR— ELENA

ROSALÍA (presentándose á la puerta de la derecha)
Señor?

JUAN (designando á Salvador con risa convulsiva)
Aquel hombre... aquel!
busca esposa, y se figura....
¿no tienes tú por ventura
una mujer para él?

SALVADOR Oh! (con un grito desesperado)

ELENA Juan! (con acento de amarga queja)

SALVADOR (aterrado al encontrarse en presencia de Rosalía)
Ella... es el castigo!
(Alza de súbito la frente, y con un movimiento rápido y resuelto,
va á colocarse al lado de Rosalía)
Yo de tí me he abochornado,
(á Rosalía arrodillándose delante de ella)
y para ser perdonado,
de rodillas te lo digo.
(volviéndose á los demás y elevando la voz)
Es mi madre! Esta.... ¡sirvienta!
me ha dado la vida un día!
(á Rosalía tendiéndole los brazos)
Madre!... madre!... madre mía!
álzame, si estás contenta!

ROSALÍA Mi hijo!
(con un grito de júbilo, lo levanta en sus brazos y lo oprime
sobre su corazón)
¿Es verdad?

(como dudando de tanta dicha y mirándolo arrobada)

SALVADOR

(solemnemente) Es verdad:

soy el hijo de tu amor.

(la toma de la mano y la lleva delante de Juan)

Ya no soy el Salvador
que entró aquí con humildad.

Tengo madre! nada sella
mis labios ya, ni consiente
que baje el hijo la frente
estando delante de ella.

Al torpe orgullo altanero
que quiere humillar mi amor,
imponiéndole el rubor,
de pagarlo con dinero,
respondo, soberbio, en calma,—
es orgullo contra orgullo,—
con este grito de arrullo:

madre! madre! (la estrecha en sus brazos)

ROSALÍA

Hijo de mi alma!

SALVADOR

(desprendiéndose de sus brazos: á Juan)

Y ahora que han rescatado (con altivez)
este abrazo y este grito,
la vergüenza, y el delito,
y el dolor de haber callado;
puedo decirle que aquí,
para hablar de igual á igual,
tiene usted—es natural—
que levantarse hasta mí.

JUAN

¿Has concluído? te desprecio;

vete (señalándole con el dedo la puerta del fondo)

ROSALÍA

Niño! (suplicándole)

SALVADOR

(fuera de sí) No he concluído!

es que nunca me he vendido!

es que yo no tengo precio!

¿Basta acaso el desvarío

de ese orgullo para echarme!

¡sin mi Elena! ¡sin dejarme!

que me lleve lo que es mío!!

JUAN

Canalla!

(quiere lanzarse sobre Salvador: Elena y Rosalía se lo impiden abrazándose de él.)

Yo te despido!

SALVADOR No, no saldré de esta casa
sin que me oigan.

EZEQUIEL. presentándose en la puerta del fondo;

Juan! ¿qué pasa?

JUAN (aterrado al descubrirlo)

(El! Dios mío!.... y ha leído!)

ESCENA X

EZEQUIEL—ROSALÍA—JUAN—SALVADOR—ELENA

SALVADOR (señalando á Ezequiel con creciente exaltación)

El también me oirá: también
sabrás que me echan de aquí,
porque al hermano pedí
la hermana, que era mi bien;
porque he tenido la audacia
de sentir como cualquiera,
porque he ganado siquiera
un cariño en mi desgracia!
Puedo, con frente serena,
jurarle aún, sin temblar:
¡todo me podrá, quitar
menos el amor de Elena!
Si no la hicieran pedazos
en una eterna agonía,
yo sé que ella buscará
cielo y gloria entre mis brazos.

(Mientras Salvador hablaba, Juan ha dejado entrever la tempestad de cólera que convulsiona su espíritu, ya mirándolo amenazador, ya contemplando á Elena como un juez airado y terrible. Ezequiel, que se ha mantenido inmóvil en el fondo, quiere en este momento lanzarse sobre Salvador. Juan se interpone y lo aparta con una tranquilidad en que se adivina la lucha interior que sostiene)

JUAN

(á Ezequiel)

Ni tú.... ni yo!

(dominándose á duras penas, va hacia la izquierda paso á paso, y

se coloca delante de la mesa, en medio de las dos ventanas.
Desde allí habla á su hermana)
JUAN (á Elena, con la voz temblorosa por la cólera, pugnando en vano por aparecer tranquilo)

¿Lo has oído?

¡habla de tí el insolente! (con mucha energia)

¡quiero verte alzar la frente

donde está tu prometido!

SALVADOR (Ah! se va á casar!)

(cae desde este instante en el más profundo abatimiento, y se cubre la cara con las manos)

ELENA (yendo con espanto hacia su hermano, aterrada por su actitud)

Juan! Juan!

JUAN Quiero verte castigando!

Abre! (violentamente á Rosalía, señalándole las ventanas)

ELENA No! (con angustia)

JUAN (á Rosalía) Yo te lo mando!

(con un grito de cólera y rechazando á Elena)

Abre! (Rosalía obedece temblando y sin comprender)

Así todos te oirán.

(á Elena: se apoya de espaldas en la mesa, Elena queda entre él y la primera ventana, para impedirle acercarse á ella; Ezequiel, consternado, se acerca á la segunda ventana, pronto á evitar que se aproxime)

Todos! tu honor ultrajado

quiero que á la luz estalle:

¡quiero que salga á la calle

radiante, altivo y vengado! (á Salvador)

Yo.... tal vez te mataría;

pero tu vida no alcanza

para ofrecerla en venganza

á honras como la mía.

ROSALÍA Niño Juan!

(con espanto: corre hacia Salvador y lo ciñe entre sus brazos para escudarlo)

JUAN (señalando á Elena, que está inmóvil á algunos pasos de él)

Ella, implacable,

va á castigarte. Ven, ven.

(á Elena: ella se aproxima y él la toma de la mano)

ELENA (alzando la mirada al cielo)

(Madre mía!)

JUAN Oyela bien!....

oyela bien, miserable!

(lo que sigue lo dice acompañando sus palabras con el gesto y la acción de la amenaza, amagando lanzarse hacia la primera ventana, que Elena escuda con su cuerpo. Esta, comprendiéndolo, y en el colmo del terror, obedece á su voz y repite como un eco sus apóstrofes, haciendo esfuerzos inauditos por aparecer altiva y soberbia)

Creo que ese hombre delira

(á Elena, designando á Salvador)

cuando dice que te infamas
amándole. ¡Que le amas!.....
¡es mentira!

ELENA (vuelta á Salvador) Sí! ... mentira!

JUAN Dice que tu amor aquí
nadie le puede quitar....
¡y apenas sabe inspirar
desprecio!

ELENA (á Salvador) Desprecio!.... sí!

JUAN Más ha dicho: que en sus brazos
caerías cuando él quisiera....
¡responde!

ELENA (temblando) ¿Y de qué.... manera?

JUAN Echándolo á latigazos!

(toma el látigo que está en la mesa y se lo entrega; ella lo recibe sin darse cuenta de lo que hace, avanza algunos pasos hacia Salvador, y se queda en medio de la escena, inmóvil señalándole la puerta con el látigo)

SALVADOR (alzando la cabeza con extravío)

Madre!.... es ella! (con un grito de agonía)

ROSALÍA (abrazada de su hijo)

No.... por Dios!

JUAN Bien, Elena!.... bien!.... así!

ROSALÍA Hijó, vámonos de aquí!

(arrastrando á Salvador hacia el fondo. Elena, vencida por el esfuerzo, empieza á vacilar, deja caer el látigo, y concluye por perder el sentido. Ezequiel corre y la recibe en sus brazos)

SALVADOR Ella!.... es ella!

ROSALÍA (desesperada) Vámonos!

(siempre abrazándolo, se lo lleva por el fondo. Salvador, ya en la puerta, se yergue, y se dirige á Juan con los puños cerrados)

SALVADOR Tengo tu vida! (vase)

ESCENA XI

EZEQUIEL—JUAN—ELENA

JUAN

(á Ezequiel, que tiene á Elena en sus brazos, contemplándola con inquietud cariñosa.)

No es nada.....
ante ese insulto..... ¡es señora! (alzándose altanero)
no podrás dudar ahora
que te doy mujer honrada!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El tocador de Elena. Puerta á la derecha, que comunica con el dormitorio de ésta; otra puerta á la izquierda, que conduce á habitaciones ligadas con la sala del primer acto. Al fondo, un poco á la izquierda, puerta que da al patio. A la derecha, en primer término, un lavatorio con espejo; delante del lavatorio un sillón antiguo. A la izquierda, un cuadro colgado en la pared y cubierto con un velo negro. Al fondo, á la derecha, un ropero. Algunas sillas diseminadas sin orden. Las puertas de la derecha y la izquierda con cortinas blancas, caídas las de la izquierda y recojidas las de la derecha. Es de noche. Junto al lavatorio un pico de gas encendido. La puerta del fondo está cerrada y abierta la de la derecha.

ESCENA PRIMERA

ELENA — ROSALÍA

(Elena está sentada en el sillón, delante del lavatorio, muy triste y con la mirada fija en el suelo. Rosalía, de pie á su lado, le arregla y peina el cabello. Sobre el lavatorio hay algunos jazmines dispersos)

ROSALÍA No esté triste, niña Elena,
ya qué le vamos á hacer!
el destino lo ha querido,
y no hay remedio. También
sufro yo, que al fin soy madre,
y me tiene que doler,
y no me quejo por eso.
¡Era imposible!.... y después,
Dios sabe lo que hace, niña,
y se trata de su bien;
el hombre con quien se casa
al menos no puede ser
mejor.

ELENA Ha sido un hermano
para mí.

ROSALÍA

Don Ezequiel
la hará feliz: es muy bueno,
y luego es igual á usted.
Francamente se lo digo,
si por mí fuera, no sé
lo que haría, pero creo
que aunque nos parezca cruel,
el niño Juan es el único
que tiene razón.

(se vuelve y arroja una mirada inquieta á la izquierda, lo cual repite de tiempo en tiempo durante toda la escena)

¿A qué

le habrán dado al pobre mi hijo,
para hacerlo padecer,
esa educación maldita
que le ha hecho olvidar quién es?
Más bien lo hubieran dejado (con mucha amargura)
morirse de hambre y de sed,
que condenarlo al martirio
de tener alma, y saber
que la tiene! Pago ahora
mi culpa, yo, que lo eché
á rodar..... ¡ay, niña Elena!
por quererla.....

ELENA

Vaya, pues,

no me digas esas cosas,
que el olvido es mi sostén.

ROSALÍA

Si hubiera estado conmigo.....

ELENA

(bruscamente, como si quisiera libertarse de un recuerdo penoso)

Rosalía, no hables de él.

(un momento de silencio)

¡Quién diría que esta noche
estarías otra vez

á mi lado! ¡quién diría
que aquí habías de volver
á peinar éstos cabellos,
que cuidaste en mi niñez
como madre, y que más tarde,
cuando en la vida pasé

de los juegos á los sueños,
de la niña á la mujer,
decías que eran el trono
del jazmín y del clavel!

ROSALÍA

¡Ay, pero así me ha costado!

ELENA

¿Mucho, vieja? cuéntame.

ROSALÍA

En el umbral de la calle
me encontró el amanecer
esta mañana. Me vine
con estrellas. Cuando fué
á abrir la puerta la niña
Concepción, ¡lo que es querer!
allí esperaba la vieja,
helada, pero con fe,
que le devolvieran su hija,
que se la dejaran ver.
Ella recojió mi súplica
con cariñoso interés,
se le cayeron las lágrimas.....
y se entró sin responder.
Pasó una hora, y con ansia
vanamente la esperé,
y otra hora tras de aquella,
y otra en seguida, hasta tres;
¡y nadie venía, nadie!
¡sí viera lo que lloré!
¡Pobre! may enternecida

ELENA

ROSALÍA

Al fin salió la niña,
y me hizo entrar..... y con él
me encontré en la sala. Estaba
el niño Juan como quien
escucha, mirando al cielo,
inmóvil, triste y de pie.
Parecía que le hablaran
desde allá arriba: tal vez
ella, la pobre señora,
le decía: «Págale
sus veinte años de cariño
dejándote enternecer.»

¡Oh, niña! y se enterneció.....
se puso á llorar, no bien
me vió; parece mentira,
¡qué distinto del de ayer!

ELENA Juan no es malo; lo que tiene
es la orgullosa altivez
de nuestro padre, que dicen
nadie la pudo vencer.
¿Y qué te dijo?

ROSALÍA Me dijo
que esta era la última vez
que podía verla; que era
necesario comprender,
que mientras viviera el hijo,
poner la madre los pies
en casa de usted, sería
ultrajarla; que él también
sufría, pero que estaba
resuelto a todo; que usted
se iba á casar esta noche
con el señor Ezequiel;
y que en cambio de dejarme
ver á su hermana, iba á ser
necesario que yo hiciera
un sacrificio crúel:
entrar sólo como criada
á arreglar y componer
á la novia..... ¡y todavía
recibir paga!

ELENA ¿Y por qué?

ROSALÍA Dice que es para que nadie
se pueda un día atrever
á dudar de que usted haya
bajado á nuestro nivel.
¡Oh! cuando á mí me lo ha dicho,
ya no era aquel que miré
triste y llorando: tenía
el altanero desdén
de ayer,alzada la frente

cubierta de palidez,
y en los ojos ese fuego
que pintan á Lucifer,
para que no tenga lágrimas:
que lo saquen de su ley.

*ha concluido de probar á Elena, y empieza á tomar un ramo con
los jazmines que están sobre el lavatorio*

ELENA Olvídate de eso. ¿Hay mucha
gente en la sala?

ROSALÍA Ha de haber
unas ocho ó diez personas.

ELENA ¿Tantas, vieja?

ROSALÍA Yo no sé
cómo se arregla la niña
solita, para atender.

ELENA ¡Pobre Concepción! ¡tan buena,
tan solícita! ya ves,
está fuera de su casa
por cuidarme, desde ayer.
¿Y Juan?

ROSALÍA En su cuarto, inquieto,
impaciente..... nada ve
más que el reloj.

ELENA ¿Llueve aún?

ROSALÍA La tormenta va recién
alejándose..... sí, niña;
bien me han hecho estremecer
los truenos y los relámpagos.

ELENA *volviéndose de pronto y señalando á la izquierda*

Y dime: ¿has cerrado bien
la puerta que da á la sala?

ROSALÍA ¿Allá? sí, niña: le eché
pasadores esta tarde,
cuando empezó á oscurecer.

ELENA Es que si á Juan se le ocurre
venir ahora, y lo ven.....
tiemblo de pensarlo.

ROSALÍA Nadie
puede pasar.

ELENA (con aire distraído) ¿Qué hora es?

ROSALÍA Son las ocho.

ELENA (vivamente) ¡Ya!

(se queda abstraída; luego murmura lentamente y como para sí)

A las nueve

dicen que me casaré.

(Rosalia le coloca en el seno el ramo que acaba de terminar)

¿Flores? te agradezco mucho,
pero yo..... ¿qué voy á hacer
con flores hoy?

(se quita el ramo, y después de contemplarlo un instante, se lo devuelve.)

Toma, ponlas

ahí.

(le indica un vaso sobre el lavatorio, Rosalia coloca en él el ramo. Elena se levanta, echa atrás el sillón, y se queda pensativa, sin darse cuenta de lo que hace)

Vieja, esperamé;
voy á concluir de vestirme
y vuelvo.

(se queda otra vez pensativa; luego resignada y resuelta)

¡Cómo ha de ser!

(vase por la derecha, cerrando tras sí la puerta del dormitorio. Inmediatamente después, Rosalia se dirige á la puerta de la izquierda y separa las cortinas: Salvador aparece en el dintel)

ESCENA II

SALVADOR—ROSALÍA

ROSALÍA Ya la has visto y la has oído,
Salvador; ahora, ven.

(le toma de una mano y le lleva delante del cuadro enlutado; él, abatido hasta la postración, se deja conducir sin resistencia)

Tú me has dicho que darías
por verla una sola vez,
la vida de que, insensato,
has querido disponer.
Aquí murió la señora,
en esta pieza..... en aquel
sillón. Este es su retrato.

(le señala el cuadro; luego el cielo)

¡Ella está mirandoté!

¿La querías mucho?

SALVADOR Mucho;
jera tan buena!

ROSALÍA Pues bien,
es á la muerta, es á ella
que lo vas á prometer:
júrale que nunca, nunca
te matarás.

SALVADOR (tristemente) Viviré.....
lo juro, madre, lo juro
por tí..... por ella..... ¡y también
por mi Elenal (con dolorosa ternura)

ROSALÍA (conmovida) Bueno; ahora
ya nada tienes que hacer
aquí. Vete, Salvador,
hazme, mi hijo, esa merced.
Aquella puerta da al patio,
(le señala una en el interior de la habitación de la izquierda;
como esta. (la del fondo)

No te han de ver;
la noche está como boca
de lobo, y llueve. Después,
llegas al zaguán, y sales.....
anda..... (le empuja suavemente hacia la puerta de la izquierda)

Está sin encender
el farol del patio, y tienen
cerrada la sala.....
(cambia súbitamente de idea y se dispone á acompañarle)

Ven,
vamos los dos.

SALVADOR (se queda inmóvil, en guda contemplación, y por fin le indica el
ramo de jasmínes)

¿Quieres darme
aquel ramo?

ROSALÍA (con firmeza) No.

SALVADOR (humildemente) ¿Por qué?.....
irme así..... sin un recuerdo,

ROSALÍA para siempre, á padecer!
No, no te lo quiero dar;
vámonos.

(Salvador va á replicar, y en el mismo momento llaman á la puerta del fondo. Rosalía, muy asustada, le impone silencio)

(muy bajo) ¡Silencio! ¿Quién? (en alta voz)

JUAN Abre, soy yo. (desde dentro)

ROSALÍA (con rapidez y temblando)

El niño Juan.....

no salgas mientras no esté
aquí..... ¡por Dios!

(le empuja hacia la izquierda, cierra la puerta tras él, y va á quitar el pasador á la del fondo. Juan entra, sombrío y triste como siempre, con el mismo traje de viaje con que se presentó en el primer acto)

¡Ay, señor!.....

(observando que la mira con fijeza y tratando de encubrir su turbación)

¡qué susto me ha dado usted!

ESCENA III

JUAN—ROSALÍA

JUAN ¿Dónde está Elena? ya es tarde.

ROSALÍA (indicando la derecha)

En su dormitorio..... está
vistiéndose.

JUAN Apúrala,
no quiero que se retarde.

Camina. (se queda pensativo)

¡Cómo se van
las horas!—¿Qué haces?

(á Rosalía que no se ha movido y observa á la izquierda)

ROSALÍA (se dispone á salir de mala gana) Ya voy,
señor.

(Elena entreabre la puerta de la derecha y sale en este momento con su vestido de novia, llorosa y abatida)

ESCENA IV

ELENA—JUAN—ROSALÍA

ELENA (á Rosalía con dolorosa impaciencia)
¡Ni sé cómo estoy!
(descubre á Juan, y vuelve el rostro para ocultarle sus lágrimas)

JUAN ¿Estás ya pronta?

ELENA (con tristeza) Sí, Juan.

JUAN Tengo que arreglar ahora mi viaje.—A Ezequiel que venga. (á Rosalía)

ROSALÍA Sí, señor.

ELENA (¡Dios me sostenga!)

JUAN Que lo aguardo, que ya es hora.
(Rosalía va á salir por la izquierda: él la desiene y lo señala la puerta del fondo)

Sal por allí.
(vase Rosalía, mirando furtivamente á la izquierda. Juan se queda observando á Elena)

ESCENA V

ELENA — JUAN

JUAN (sombrio) Tú has llorado,
¿no es verdad?

ELENA (enjugando vivamente sus lágrimas)
No creas.... es....
como hay tanta luz.... ¿no ves?
la vista se me ha irritado.

JUAN ¡Elena! ¡Elena! ¿hasta cuándo nos quieres abochornar?

ELENA Yo.... (enjugando sus ojos, agitada y resuelta)

JUAN Casi al pie del altar todavía estás llorando!
Nunca habrá quien me convenza
(con arrebató)
de que ese llanto no miente....
¡te creería solamente

ELENA si lloraras de vergüenza!
(haciendo violentos esfuerzos para serenarse)
Ya no lloro..... miramé.....
tranquila estoy..... ¿quieres más?
mándame morir..... verás.....
verás..... no me quejaré.

JUAN (luchando con el enternecimiento que empieza á dominarlo)
Bien dicen que hay un destino
inexorable, fatal;
si existe el genio del mal,
debe estar en mi camino.
Hora maldita, una tarde,
alumbró en mi diestra airada,
roja de sangre, la espada
que no supo ser cobarde!
Hora maldita, al pasar,
me dejó en la expatriación,
la dolorosa visión
de la deshonra en mi hogar!
Hora maldita fué aquella
que mi planta encaminó.....
¡á mi madre la mató
el estar yo cerca de ella!
Tengo..... tengo un no sé qué
de terrible y de sombrío;
todo cae en torno mío,
y yo solo quedo en pie!
Tú, tan dulce, tú, tan buena,
también padeces por mí.....
(con ternura y desesperación)
¿y qué he de hacer si está ahí
la sociedad que condena?
Si supieras.... ¡sufro tanto!.....
pero lo manda el deber.....
¡por cumplirlo, desde ayer
estoy tragándome el llanto!

ELENA (aproximándose á él con cariño y tomándole la mano)
No te afijas, Juan.

JUAN (rechazándola bruscamente) ¡Oh! quita.....

no me enternezcas... no quiero!

(otra vez con energía y altivez)

el honor es lo primero:

¡que haya otra hora maldita!

Bien sabes qué precio he puesto.....

ELENA

Pronta á obedecerte estoy.

JUAN

Tú te casas, yo me voy:

todo lo tengo dispuesto.

Cuando pises el dintel

(conmovido, señalando la puerta del fondo)

de esa puerta, y desde allí

me digas: «Juan, héme aquí,

soy la esposa de Ezequiel»;

yo te besaré en la frente

con beso de bendición,

y me iré á la proscripción

á llorar la patria ausente.

ELENA

(muy cariñosa)

Juan, con tal que tú no mueras.....

JUAN

(ceñudo)

Eso es..... hazme un reproche

de tu cariño!

ELENA

Esta noche
estás... de nada te alteras.

JUAN

Dejemos eso. (con disgusto)

Algo más

quería decirte ahora:

(acentuando mucho)

á él, honrada y señora,

no puedes verlo jamás.

ELENA

Voy á jurárselo á Dios.

JUAN

Pero es que tal vez suceda
que la madre... siempre queda
Rosalía entre los dos.

Para siempre le he cerrado

nuestra casa, te lo advierto;

sólo cuando él haya muerto,

podrá volver á tu lado.

ELENA

No volverá. (con firmeza)

JUAN Su cariño
temo.

ELENA No, no temas nada:
sabe la desventurada.....

JUAN (recordando entristecido)
Cuánto me quiso de niño!
(con resolución)
Pero hay que sacrificar
todo!..... todo!

ELENA (con voz desfallecida) Ya lo he hecho;
¿no estoy ahogando en mi pecho
el corazón?

EZEQUIEL (dentro, llamando suavemente á la puerta del fondo)
¿Puedo entrar?

JUAN (yendo á abrir)
Entra.

ESCENA VI

EZEQUIEL—ELENA—JUAN

EZEQUIEL (á Juan) Si antes no he venido,
es... deveras me ha asustado
ese maldito soldado
de ayer.

JUAN (indiferente) ¿Sí?

ELENA (con temor) ¿Qué ha sucedido?

EZEQUIEL Nada. No hay vez que no crea,
dígase lo que se diga,
que es ella.....

JUAN ¿Quién?

EZEQUIEL Tu enemiga;
¡es que esa no se chancea!
Sabiedo yo que está ahí
eternamente en acecho,
parar á la vuelta he hecho
el coche que es para tí.
Así te libertarás
de aquel infame espionaje.

saliendo en ese carruaje,
que se irá con los demás.

ELENA

(siempre temerosa)

Pero en fin, esa mujer.....

ESBQUEL

No, Elena mía, no hay nada:

es esta idea malvada
que no la puedo vencer.

Para ver si el coche allí
favorece la partida,

sobre la pared corrida
que dá á esa calle, subí.

Miré á uno y otro lado,
y en la esquina, ya al doblar,

por el paso militar
reconocí á mi soldado.

Al principio me pensé
con terror, que nos espía;

llamé al cochero..... y estaba
dormido, y más me asusté.

Salté á la calle temblando,
lo seguí..... y él ni siquiera

miró atrás: cruzó á la acera
de su casa, y siguió andando.

Luego se entró á su zaguán,
cerró la puerta tras sí.....

y me quedé como fui:

eso es todo; ya ves, Juan.

ELENA

(tranquilizada ya)

Pero un soldado..... no cabe
que espíe como un traidor.

ESBQUEL

Cuando hay orden superior.....

un pobre de esos, ¿qué sabe?

Este, que ha sido asistente
del hermano, por la hermana

se haría matar mañana
silencioso y obediente.

Y es tal la costumbre en él,
que obedeciendo á esa harpía,
ha de creer todavía

que obedece al coronel.

JUAN (interrumpiendo á Ezequiel, con tristeza)
Vamos: la hora se pasa;
no se ocupen más de mí,
que desde que vine aquí
soy una sombra en la casa.
Rosalía... ¿en dónde está?

EZEQUIEL Con mi hermana.
(se asoma á la puerta del fondo y vuelve)
Aquí la tienes.

ESCENA VII

ROSALÍA—EZEQUIEL—ELENA—JUAN

ROSALÍA Señor....
(á Juan, entrando por el fondo: está siempre inquieta, y observa de reojo á la izquierda)

JUAN (interrumpiéndola con viveza)
¿A llamarla vienes?

ROSALÍA Sí, señor; van á irse ya.
ELENA (volviéndose á Rosalía, con esfuerzo)
Tienes que prenderme el velo:
VEN. (se dirijen ambas á la derecha)

JUAN (indicando su hermana á Ezequiel)
¿Está hermosa, verdad?
perdona á mi vanidad:
¡te quisiera dar el cielo!
(vanse Elena y Rosalía por la derecha)

ESCENA VIII

EZEQUIEL—JUAN

EZEQUIEL Y me lo dás. ¿Qué mayor
tesoro para mi vida,
que aquella *Nena* querida
que fué mi sueño de amor?
¿aquella que al idéal
de mi niñez sonreía;

aquella que yo quería
con cariño fraternal?
Ella fué, fué la inocencia
de su rostro sonrosado,
mi primer cielo soñado
al pisar la adolescencia.
Por ella, de hombre, á pelear
me lancé, por ella sola,
para traer la aureola
de la gloria á nuestro hogar,
hogar de dicha y contento
que en cada estrella veía,
cuando la noche tendía
su sombra en el campamento.
Al recuerdo de su nombre,
en la lucha encarnizada,
¡cuánta vez desvié la espada
para no matar un hombre!

JUAN

(tomándole las manos conmovido)

Hazla feliz, noble amigo,
te lo ruego.

EZEQUIEL

¡Si la quiero
tanto!

JUAN

(tristemente) Yo..... volver no espero,
con franqueza te lo digo.
Mi primer destierro fué
tan sombrío, tan amargo!
vivir sin patria hazte cargo.....
no, Ezequiel, no volveré.

EZEQUIEL

Déjate de entristecerte...

JUAN

¡Oh! lo sé por experiencia,
el destierro es una ausencia
de aquellas que dan la muerte.
Mi pobre Elena se queda
huérfana y desamparada..... (con arranque de dolor)
¡no me la hagas desgraciada,
suceda lo que suceda!

EZEQUIEL

(con amargura, separando sus manos de las de Juan)

¡Dudas de mí!

JUAN

No de tí,
dudo de mi suerte horrible:
¡no hay infortunio imposible
para un ser ligado á mí!
Tú, Ezequiel, lo has visto ayer:
porque estoy én la desgracia,
no hay insolencia ni audacia
que no debamos temer.
Si el infame se atrevió,
puede atreverse mañana.....
y entonces..... ¡venga á mi hermana!
¡como á un perro mataló!

(vuelven á salir por la derecha Elena y Rosalía, la primera ya completamente ataviada para ir á la iglesia. Ambas se detienen temblando al oír las últimas palabras de Juan)

ESCENA IX

ELENA — ROSALÍA — EZEQUIEL — JUAN

JUAN

(va al encuentro de su hermana con profunda emoción)

Váyanse ya.—Ven, Elena;

(la toma de la mano y la conduce al lado de Ezequiel)

llévala, Ezequiel, es tuya.

Tú, pon tu mano en la suya;

(á Elena, uniendo las manos de ambos)

así.

(los mira un instante enternecido: ellos, dominados también por la emoción, guardan silencio)

¡Quiérela! (á Ezequiel)

(á Elena) ¡Sé buena!

Va á unirlos un santo lazo

que es el porvenir entero...

¡y yo he de ser el primero

que los junte en un abrazo!

(abraza á los dos estrechándolos contra su pecho. Luego se va con ellos por el fondo, teniéndolos siempre abrazados, y llevando al uno á su derecha y al otro á su izquierda)

¡Que Dios bendiga á los dos,

como un día los bendijo

mi madre! (vause)

ROSALÍA

(apenas salen los demás, se vuelve rápidamente, corre á la puerta de la izquierda, la abre, se asoma y llama con voz temblorosa)

¡Salvador!

(una pausa, durante la cual escucha con ansiedad: nadie responde)

¡Hijo!

¡Salvador!

(nueva pausa: el mismo silencio. No obteniendo respuesta, se tranquiliza, y murmura con honda satisfacción)

¡Gracias á Dios! (vase también por el fondo)

ESCENA X

SALVADOR

(Inmediatamente después de salir Rosalía, ábrense las cortinas de la puerta de la izquierda, y aparece en ella Salvador, armado de un pequeño puñal. Observa y escucha, y luego se dirige lentamente hasta el pie del retrato, delante del cual se arrodilla juntando las manos para pedir perdón por lo que va á hacer. Después dirige una mirada de triste y tierna despedida á la puerta del fondo, y va á sentarse delante del lavatorio, en el sillón que ocupó Elena. Con dolorosa resignación, se desprende la levita, y mientras con una mano busca por los latidos el sitio exacto del corazón, con la otra levanta el arma para herirse, arreglando ante el espejo la posición de su cuerpo para morir. Su mirada encuentra súbitamente el ramo de jazmines, clava en él sus ojos con amor, lo toma en sus manos y lo contempla en una especie de éxtasis. Una idea rápida cruza por su espíritu, y una resolución repentina se manifiesta en él. Se pone de pie, estrecha el ramo sobre su corazón, lo besa frenético, y después de colocarlo otra vez en su sitio, vase rápidamente por la derecha llevando el puñal. La escena queda sola un momento.)

ESCENA XI

JUAN — ROSALÍA

(Vuelven á entrar por el fondo: él viene hablándola severo y sombrío; ella lo sigue temerosa é inquieta)

JUAN

El también está resuelto;
ten presente esta advertencia,
si es que estimas la existencia
del hijo que Dios te ha vuelto.
No lo hago por él; sería
mentir; lo que en casa ha hecho,

le ha quitado hasta el derecho
de la piedad, Rosalía;
lo hago por tí, que tan fiel
has sido. Si vuelve, ¡oh!
si vuelve aquí, como yo,
lo mataría Ezequiel.
Ya lo sabes.

ROSALÍA (afijida) Niño Juan,
no vendrá..... me ha prometido.....
si una falta ha cometido.....

(Oyese dentro el ruido de los carruajes que parten. Juan, que ha estado escuchando, interrumpe á Rosalía murmurando con honda tristeza)

JUAN Son los coches..... ya se van.
También yo. Voy á esperar
que vuelvan, y partiré:
mañana, ¿dónde estaré,
sin la patria ni el hogar?
¡Quién me ahorrára en la partida
el dolor de ver á Elena!
¡el adiós da tanta pena,
que espanta una despedida!
Tú sí no la esperarás.

(se vuelve á Rosalía y se queda mirándola: ella se echa á llorar)

Aunque sienta tu agonía,
yo no puedo, Rosalía, c
concederte nada más.
Verla quisiste otra vez,
y contigo débil fui;
esto sólo prometí
por consuelo á tu vejez.

ROSALÍA Gracias, señor (siempre llorando)

JUAN Lo he cumplido.....

adiós, Rosalía (despidiéndola con el ademán)

ROSALÍA (entre sollozos) Ya.....

ya me voy..... sí..... pero allá, (indica la derecha)

niño Juan, tengo un vestido.

Ella, señor, me lo dió,

y no lo quiero dejar.

JUAN (con energía)

¡De Elena no has de llevar nada!

ROSALÍA No..... no es de ella, no.

Es de la señora: el día antes de morir, me dijo: «toma esto en nombre de mi hijo.»

JUAN *(violentamente emocionado)*

¡Vete de aquí, Rosalía!

ROSALÍA *(con profunda amargura, yéndose)*

¡Ni eso!

JUAN *(con exaltación, la toma de un brazo y la trae al centro de la escena)*

¿Quién te ha dicho, quién, que te lo voy a negar?

(empujándola hacia la derecha)

Anda: ¡o puedes llevar, yo.... yo te lo doy también!

ROSALÍA Señor..... *(vacilando aún)*

JUAN ¿Qué más quieres?

ROSALÍA *(timidamente)* Una

agüerita..... en un rincón de la última habitación, está guardada una cuna.

La vejez nos encariña con todo lo del pasado..... ¡junto a esa cuna he velado muchos sueños de mi niña!

JUAN ¿La quieres? *(con dulzura)*

ROSALÍA Para rezar

por ella, la pobrecita, delante de su cunita como si fuera un altar!

JUAN *(muy enternecido)*

Sí, vieja, sí..... te la doy con placer: puedes llevarla; sí.

ROSALÍA Tengo que desarmarla.

JUAN Anda.

ROSALÍA Sí, señor; ya voy.

JUAN Una hora todavía
tardarán.

ROSALÍA (yéndose) (Oh ¡si pudiera
verla otra vez! ¡Dios lo quiera!)

JUAN (para si)
¡Esta pobre Rosalía!
(Vase Rosalía por la derecha. Juan se cruza de brazos y se pasea nervioso, dominado por su reciente emoción; por último va á colocarse delante del sillón, y se queda contemplándolo triste y pensativo. Una pausa. La puerta del fondo se abre de improviso, y aparece en ella Salvador, vacilando y con la levita desgarrada. Juan se vuelve al ruido, lo ve, y oprimiéndose la frente desesperado, se yergue ante él amenazador y sombrío)

ESCENA XII

SALVADOR — JUAN

JUAN ¡Tú, miserable! tú aquí,
¡otra vez en mi camino!
¡sangre quiere mi destino,
pues te pone junto á mí!

SALVADOR (avanzando penosamente hasta el medio de la escena)
Es una reparación
lo que he venido á buscar.

JUAN (fuera de si)
Es que te voy á matar,
sin piedad, como á un ladrón!

(avanza resuelto hacia Salvador: la tranquilidad de éste y su aspecto de sufrimiento lo detienen)

SALVADOR Sería un crimen querer (amargamente)
matarme.... á mí, á un moribundo!

JUAN ¡Tú! (retrocediendo con estremecimiento)

SALVADOR No hay odio en este mundo
que lo pueda cometer.

JUAN (observándolo con fijeza)
Aquí te has introducido
recatándote en la sombra,
y al que esto hace, se le nombra:
¡ladrón!

SALVADOR (con altivez) ¿Por qué no «bandido»?

Para siempre iba á perderla,
y como un ladrón he entrado
á robar..... ¡lo que he robado
es el derecho de verla!

(señala la habitación de la izquierda);

De allí, sufriendo, en delirio,
todo lo estuve escuchando.

JUAN ¡Estabas allí! (con acento de amenaza)

SALVADOR

Robando,

pero robando el martirio!
Señor, bien puede el ladrón
que amó tanto en esta vida,
hacer, con la frente erguida,
su postrera confesión.--

Vine á morir. (muy solemne)

JUAN

¡A morir!

SALVADOR

Y á eso vuelvo solamente,
á morir en este ambiente
que la ha besado al partir.
Me era imposible guardar
esta vida... por las dos....
y mudo les dije *adiós*,
y aquí me vine á matar.

Aquel ramo que está allí (lo señala)

del suicidio me salvó:

esas flores las llevé (con ternura)

en su seno, yo lo ví.

Eran suyas! la visión

de mis sueños evocé....

pensé en ella, recordé....

y tuve una inspiración.

No hacía mucho, mirando

al patio por un cristal,

durante el tiempo mortal

que allí la estuve esperando; (la izquierda)

ví pasar un hombre: andaba

con tan sigiloso paso....

JUAN

(recordando) Un hombre, dices?.... acaso....

SALVADOR

Señor, aquel hombre espiaba.

Aquel hombre lo vió á usted,
sin duda, y lo fué á contar;
para huir, debió saltar
por el fondo la pared.
Cuando esto pude pensarlo,
mi alma se iluminó:
me acordé de usted.

JUAN

(estremeciéndose)

Tú!

SALVADOR

(con altanería)

Yo,

sí, señor, para salvarlo.
Tuve el soberbio valor
del perdón y del olvido,
para dominar, vencido,
al ultraje vencedor.

Crucé aquella habitación (la de la derecha)
rozando un lecho nupcial:
ni aún entonces mi puñal

(con un grito de dolor)

se clavó en mi corazón!
Sediento de un heroísmo,
tras el espía corriendo,
salí al patio, loco, huyendo
de aquel vértigo de abismo.
Tenía una fiebre ardiente.....
salté á la calle desierta.....
y lo vi..... lo vi en la puerta
de la casa que está enfrente.

(apresurándose al sentirse desfallecer)

Usted estaba perdido.....
lo escuché perfectamente.....
como silbo de serpiente
llegó una voz á mi oído.
Esa voz le dijo: «Ahora,
corriendo, á la Policía!.....»
vi un papel que recibía.....
le oí decir: «Sí, señora.»
Eché á andar, salí tras él,

(con sombrío acento)

y apenas dobló la esquina.....

(saca de su pecho un papel manchado de sangre, y lo entrega á Juan)

¡una denuncia asesina
llevaba en este papel!

JUAN

(mirándolo con estupor)

¿Qué has hecho?

SALVADOR

¿Acaso en mi mano

ese papel estaría
si tuviera todavía
un aliento el veterano?

Bien alto puedo decir (con altives)

que lo acabo de matar:
¡él me ha enseñado á pelear!
él me ha enseñado á morir!

JUAN

(recorriendo el papel con una mirada)

Me denunciaba!

SALVADOR

(jadeante)

Sí..... sí!

JUAN

Y esta sangre.....

(observando á Salvador, y señalándole las manchas del papel)

SALVADOR

Esa..... no es nada.....

es..... es una puñalada.

(se oprime dolorosamente el costado izquierdo)

es..... la muerte que está aquí!

JUAN

(Con profunda lástima, queriendo salir por el fondo.)

Infeliz! voy á llamar.....

SALVADOR

(suplicante, y deteniéndole al pasar.)

No llame usted, por favor!

la herida es mortal, señor.....

esto ya se va á acabar.

(con un arranque de orgullo que le arrebató las últimas fuerzas)

Es mi gloria! yo también

el alma tengo altanera.....

oh! déjeme usted siquiera

el placer de morir bien!

JUAN

(notando que apenas puede tenerse en pie)

Vas á caer, desgraciado!

siéntate.

SALVADOR

(señalando el sillón, sin moverse)

Señor..... allí.....

quisiera.....

JUAN

El sillón..... oh! sí.

(le aproxima el sillón. Salvador se deja caer en él pesadamente)

SALVADOR Es mi puesto..... lo he ganado!

(la última frase débil como un soplo. Pierde la voz y deja caer la cabeza sobre el respaldo del sillón)

JUAN

(contemplándolo con lástima)

Es verdad..... no conocía
esta alma..... he sido cruel.

(de pronto y con arrebató)

No! no he de ser menos que él!

(corre á la puerta del fondo y llama á gritos)

Rosalía! Rosalía!

(vuelve al medio de la escena y se queda cavilando muy agitado)

Elena tiene un hogar.....

mi deber está cumplido. ...

Me has vencido!

(dirigiéndose tristemente al moribundo: luego repite con dolorosa cólera)

Me has vencido!

o

(irguiéndose soberbio)

tengo que hacerme matar!

ESCENA XIII

ROSALÍA — SALVADOR — JUAN

JUAN

(sale al encuentro de Rosalía, que viene por la derecha, la toma violentamente de un brazo, y arrastrándola hasta donde está Salvador, le dice con lúgubre acento, señalándosele con el dedo)

Mira!

ROSALÍA

(contempla aterrada al moribundo, lo reconoce, lanza un grito de agonía, y se arroja delante de él de rodillas.)

Mi hijo..... me lo han muerto!.....

¡él ha sido!

(señala á Juan, loca de dolor. Salvador, haciendo el último esfuerzo, le dice «no» con un movimiento de cabeza desesperado, que es el último)

JUAN

(inclinándose hacia Rosalía, muy solemne)

Madre, ¿quieres

vengarlo?

ROSALÍA

(mirándolo sin comprender)

Yo!.....

- JUAN (sombrio) Nada esperes....
(se indica su hijo)
no hay remedio, te lo advierto.
- ROSALÍA No hay remedio! (con desesperación)
- JUAN Que no muera
sin justicia: está el castigo.
- ROSALÍA (se levanta de un salto, y con las manos crispadas se queda mirando á Juan)
¿Quién ha sido?
- JUAN Hay un testigo:
toma. (le tiende la denuncia que le entregó Salvador)
- ROSALÍA Quién?.... si yo pudiera!....
(con un grito de ira: toma el papel y lo estruja entre sus dedos, convulsivamente)
- JUAN Ahí tienes, Rosalía,
el nombre del asesino:
llévate eso á su destino.
- ROSALÍA Adónde?
(habla con febril exaltación, que Juan trata de sostener excitándola)
- JUAN A la Policía.
- ROSALÍA ¿Y es aquí que el nombre está?
- JUAN El con su sangre lo ha escrito.
- ROSALÍA ¿Y puedo?....
- JUAN Sí: su delito
impune no quedará.
- ROSALÍA Y si yo llevo este nombre,
¿lo matarán, niño Juan?
- JUAN Sí, vieja, lo matarán.
- ROSALÍA (dolorosamente)
¡Tal vez tenga madre ese hombre!
(se vuelve hacia Salvador)
Muy mala contigo fui....
es mi culpa la que expió....
(haciendo pedazos la denuncia)
hijo de mi alma, hijo mío,
yo lo perdono por tí!
(se arrega sollozando sobre el cuerpo de su hijo. Juan la mira primero con espanto, luego con admiración, y subyugado, veniendo por aquel arranque generoso, concluye por arrodillarse silenciosamente al lado de ella)

